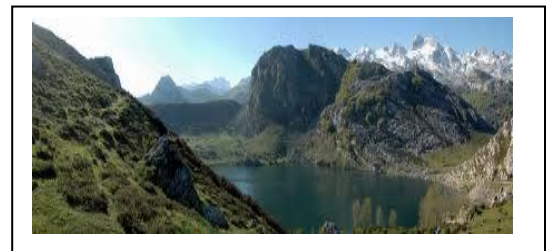


RELATOS DE UNA PANDEMIA

Comentarios y reflexiones



Constantino González Quintana
Oviedo, junio de 2022

PRÓLOGO

La Covid-19 ha chocado frontalmente contra nuestras vidas y nos ha dejado conmocionados, desconcertados, aturridos. Apenas ha quedado algún resquicio por el que no haya dejado de penetrar la pandemia y sus consecuencias.

A lo largo de estas fechas ha quedado a la intemperie la fragilidad, la impotencia, el cansancio, la confusión, la responsabilidad, la protección, el cuidado...

Pero, quizá sobremanera, se ha puesto de relieve el carácter limitado del conocimiento humano, aún a sabiendas del espectacular desarrollo científico alcanzado. La Covid-19 nos ha dado a todos, sin excepción, una lección de humildad en todos los órdenes de la vida.

Más aún, actualmente, se ha puesto intensivamente el acento en la información: hoy disponemos de una enorme cantidad de información en red. Nunca había sucedido nada igual. Pero tener mucha información no equivale a tener conocimiento y sabiduría.

Si el crecimiento exponencial de la ciencia y de la técnica no va parejo al crecimiento en actitudes, al desarrollo de la razón cordial, al movimiento del corazón, es decir, si el tratamiento de la información no es proporcional al conocimiento ético, a la disposición proactiva de mejorar las relaciones humanas, de cultivar la fortaleza, la firmeza y la generosidad para vivir éticamente, si no es así, estaríamos haciendo una farsa.

Presumir de una ética centrada en la gratitud, la reciprocidad, la solidaridad y el respeto, y pasar la vida produciendo in-

gratitud, partidismos, insolidaridad, sufrimiento y desprecio, sería absurdo.

En estos tiempos se pone de relieve que la existencia adquiere un sentido desde la casa que es el "otro". Son los otros quienes nos ponen a cubierto y a quienes acudimos pidiendo ayuda. Los otros son el hogar originario, como ha sugerido con tanta belleza Pedro Salinas:

«Las manos son muy grandes y se puede dejar a un ser entero en unas manos».

A lo largo de estos largos meses he tenido tiempo para poner palabras a muchas reflexiones y sentimientos, que han quedado recogidos en estas páginas.

Como se podrá observar, son textos que no contienen nada nuevo ni especial. Lo único que persiguen es suscitar en ustedes proximidad y cercanía.

A ese propósito hago míos los versos del poeta mexicano Eduardo Casar:

*«Quisiera estar a dos pasos de ti.
Y que uno fuera mío y el otro fuera tuyo».*

Oviedo, junio de 2022

PENSAMIENTOS CORONAVIRUSIANOS

(11 de abril de 2020)

Estoy en la fila para entrar al supermercado. Se avanza lentamente. Parecemos nazarenos en la procesión del Cristo de los Gitanos. Veo empujar carros de compra que salen hasta los topes, como si fuera a llegar el séptimo día del Apocalipsis. La mayoría vamos embozados y enguantados. Nadie habla.

Si acaso, se oye a alguien preguntar con timidez, como si pidiera permiso: ¿es que no quedan muslos de pollo? ¿vais a sacar más pan? Llevo tantos guantes que no soy capaz de encontrar la nota donde he anotado la compra. No cojo aceitunas rellenas porque no me parecen alimentos básicos. Es la mala conciencia. En la caja me ayudan a guardar las cosas.

Al salir, veo a una persona hacer un semicírculo a mi alrededor. Me detengo a mirar y me increpa con un ¡qué pasa, antiguo! —porque ahora está de moda decir “antiguo” a cualquiera, como si se dijera “tío”, “tronco” o “colega”—.

Y casi al lado del portal de mi casa encuentro a un vecino que no recoge la caca del chuchó, mientras refunfuña diciendo: ¡total, no pasa nadie! Así que soy “nadie...” a eso llegamos los jubilados ...

La vecina de arriba parece que lleva mal el aislamiento. Se oye pasar la aspiradora dos veces por la mañana y otras tantas por la tarde. También suenan con frecuencia ruidos prolongados en la cocina y

en el baño. Debe ser de esas personas que piensan que el virus entra por las cañerías de la calle, ataca por el bidé y sale por el fregadero de la cocina.

También hay otro vecino que utiliza el taladro y martillea por momentos en el cuarto de baño de al lado. Quizá tenga ya la pared llena de tornillos o esté haciendo agujeros para espiarnos... Es la imaginación “en tiempos del cólera” si es que puedo parafrasear a García Márquez.

Durante estos días casi todo molesta. Tenemos la sensibilidad a flor de piel. Nosotros, en casa, estamos bien y llenamos el tiempo, pero tenemos que esforzarnos para controlar la impaciencia, la irritación. Recuerdo ahora a Curzio Malaparte y su delirante y subyugante novela, *La piel*, «lo único que poseemos» y a lo que hoy se le da tanta importancia.

Eso es cierto, pero no es toda la verdad. Detrás de la piel o, mejor dicho, aflorando por la piel, están los sentimientos, las inquietudes, las dudas, las creencias, los miedos, las ideas, los valores, está la persona concreta, una y única. La piel revela lo que somos y nos sitúa en el tiempo. Por eso tiene “cronología” y hasta zonas tan limpias con tanto desinfectante.

Cuando utilizamos videollamadas vemos granos que no teníamos, arrugas que no apreciábamos, labios que se encogen, orejas que crecen, y también sonrisas interminables, miradas que parecen caricias, manos que se tocan en la distancia...

¡Qué cosas pasan! ¿Quién nos iba a decir que sucedería esto? ¡A nosotros que vivimos rodeados de científicos eminentes,

de presupuestos billonarios y de los mejores sistemas sanitarios del mundo! La realidad supera la ficción y nos iguala a todos por el mismo rasero, pero «algunos son más iguales que otros», como decía Napoleón, el cerdo jefe de la *Rebelión en la granja* de George Orwell.

En ocasiones me gustaría reproducir la *Ilíada* y ser Ulises o Aquiles, «el de los pies ligeros», para liquidar a los troyanos, pero no a los de Troya, sino a los virus informáticos con los que ciberladrones introducen patrañas y bulos. El daño que hacen aprovechando el miedo de la gente es de miserables.

Y, en fin, me indigna ver a los políticos en el Congreso de los Diputados echarse en cara las cifras de contagiados y el número de víctimas. Es lamentable y siento vergüenza ajena: chulería, mentiras, insultos, desprecio. Sólo se salvan las taquígrafas. Deberíamos pensar bien qué votamos cuando votamos. Y lo peor es que sirven de pábulo para los arribistas y redentores que pretenden arreglar el orden público a base de ir dando sopas a diestro y siniestro.

Menos mal que siempre quedan [los cinco minutos de las ocho de la tarde](#). Los sanitarios son excelentes profesionales. No hay para ellos suficientes elogios ni palabras adecuadas de agradecimiento. A ver si de una puñetera vez caemos en la cuenta de que no hacen lo que les viene en gana. Viven para la salud y la vida de sus pacientes. Hay que decir lo mismo de los demás servidores públicos.

Mientras aplaudimos nos estamos “fichando” unos a otros, esa es la verdad, y la vida sigue... de momento...

«LA INSOPORTABLE LEVEDAD DEL SER»

(19 de abril de 2020)

A lo largo de estos días estamos siendo protagonistas, colectivamente, de la novela de Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser*, donde lo vivido vuelve otra vez a repetirse, pero al volver lo hace de un modo diferente. Podemos observarlo en varios comportamientos insólitos recientes.

El primero es el mío. Sólo he salido dos veces a comprar. No debería hacerlo, pero tampoco hay otra solución. Cuando lo hago siento esa especie de angustia por un riesgo o daño real o imaginario, es decir, siento miedo. Nunca me había pasado. Es un sentimiento destructor. Te corroe por dentro y te hace sospechar de los demás. Algo así como si el virus tuviera tentáculos de pulpo o de medusa.

En otras ocasiones tengo la sensación de que anda por ahí como si dispusiera de piloto automático, igual que un Airbus A340. Es poco racional, pero el miedo tiene bastante de irracional.

Hace un par de semanas, dos científicos expusieron su proyecto de ensayar una vacuna contra el Covid-19 en África. El periodista que les entrevistaba añadía que «ya se hacen experimentos similares para otros virus con las prostitutas», porque «sabemos que están muy ex-

puestas y que no se protegen». Días después pidieron perdón.

Menos mal que ninguno de esos tres “figuras” empaña siquiera la pléyade de científicos y periodistas que cumplen su código ético en vez de colgarlo en el despacho para que lo vean los clientes.

Una *celebrity* aprovechó para enseñar su colección de ropa interior, porque «si nos pilla el virus, que nos pille de guapos», decía ella. Y cierta consejera de Sanidad sostenía que “su” coronavirus es «diferente al del resto del país», o sea, que es de especial calidad o de superior nivel al del resto de mortales.

Esto último me recuerda a la novela de Antonio Tabucchi, *Sostiene Pereira*. La citada consejera “sostiene” ante el tribunal público exactamente lo que critica la novela: todo lo que es excluyente, reductor y egocéntrico.

Por su parte, un conocido mandatario público ha negado el pan y la sal a la OMS, y sigue empeinado en decir que el virus es chino y que está producido y expandido por un laboratorio chino. El [Scripps Research Institute](#) acaba de asegurar que no hay evidencias científicas sobre el diseño del virus en laboratorio.

Continúa también el castigo implacable a los cargos públicos asegurando que todos ellos son, sin excepción, unos hijos de la gran breña —la expresión completa no la pongo por razones de horario infantil—. Calificar con un suspenso la gestión pública de la pandemia no equivale a señalar con el dedo a las personas diciéndoles palabrotas insultantes.

Eso es lo mismo que afirmar cosas sin argumentos. Es algo así como descalificar el valor indudable de la obra de Camilo José Cela por el hecho de que solía hablar diciendo muchos tacos o negar la belleza del “intermezzo” de *Cavalleria rusticana*, de Pietro Mascagni, por haber sido amigo de Mussolini.

Estamos recibiendo toda una lección de humildad. Deberíamos reconocer y aceptar las propias limitaciones y debilidades y actuar en consecuencia. El Covid-19 nos ha «despertado del delirio de omnipotencia», ha dicho el papa Francisco.

Ha venido a sacarnos de la comodidad, de la seguridad, de sentirnos protegidos por los mejores. No estábamos preparados. Habrá que sentarse, evaluar, rectificar y planificar.

Mientras tanto, la vida continúa.

LLORAR POR VIVIR

(30 de abril de 2020)

Hoy he llorado. Bastante. No ha sido por cortar cebolla ni por haber subido al Suspiro del Moro, la colina desde la que Boadbil, el Chico, lloró por su Granada perdida. En mi caso ha sido la acumulación de sucesos, tensiones y preocupaciones. Eran lágrimas que descargaban sentimientos y ponían de manifiesto las ganas de continuar viviendo.

Minutos después, escuchando “Solveig’s Song” de *Peer Gynt Suite 2*, de Edvard Grieg, recuperé sosiego y paz. La música

me aporta salud emocional y momentos únicos. Y siempre me confirma que la belleza y los sentimientos humanos más profundos son universales. La música no tiene fronteras. Es un arte inagotable.

Sin embargo, hay otras ocasiones en que se tienen ganas de llorar, pero no salen las lágrimas a causa del cabreo, la rabia y la vergüenza ajena que uno siente. Me refiero a cosas muy desagradables relacionadas con la pandemia actual.

Hace tiempo que la OMS está advirtiendo sobre la amenaza de la infodemia, es decir, la sobreabundancia informativa de rumores, bulos y datos falsos, que propagan a toda velocidad el desconcierto y el miedo en la sociedad. Los conocimientos falsos son muchísimo más peligrosos incluso que la ignorancia.

El pasado día 27 de abril, la plataforma española [Maldita.es](https://www.maldita.es/) ya llevaba analizados 420 bulos entre alertas falsas, datos erróneos y medidas que nunca tuvieron lugar. También se pueden ver en [Newtral.es](https://www.newtral.es/). Hay más información en [FactCheck.org](https://www.factcheck.org/) (University of Pennsylvania) y en [PolitiFact.com](https://www.politifact.com/) (Poynter Institute, Columbia-Florida).

Lo más fastidioso del asunto es comprobar la enorme cantidad de especialistas que pululan y venden el supuesto beneficio sin tener ni idea del oficio. Al igual que hay un abultado número de compatriotas que son entrenadores de fútbol o expertos en obras, hay otro numeroso colectivo que son epidemiólogos, virólogos, infectólogos, inmunólogos, neumó-

logos, biólogos, etc., etc. Sólo sirven para alimentar la lacra de la infodemia.

Pero hoy tenemos que acentuar con fuerza la vida, aunque sea tan frágil. “Sólo se vive una vez”, dice el título de una canción y de una película, aunque quizá lo más valioso sea *Vivir para contarla*, como titula Gabriel García Márquez una novela suya. Al fin y al cabo, pasamos la vida contando lo que nos pasa, narrando nuestra propia biografía.

Decía Séneca que «la vida es como una obra teatral. Lo que importa no es su duración sino el acierto con que se representa». Violeta Parra nos ayudó también a cantar «gracias a la vida que me ha dado tanto».

Y Sandra Myrna (Premio Princesa de Asturias de Investigación Científica y Técnica 2019) afirmaba que «todas las personas y todos los demás seres vivos estamos hechos con los mismos átomos que se vienen tejiendo y destejiendo y retejiendo desde hace millones de años...».

La vida es como un tapiz en el que vamos echando la red del vivir cotidiano. La ponemos en el regazo al nacer, la vamos extendiendo con el paso de los años y se nos cae de las manos al morir. Pero el tapiz de la vida continúa entretejiéndose con alegrías y penas, con aciertos y fracasos, con amores y olvidos.

En ciertos momentos soñamos “despiertos”, en otros trabajamos con ilusión o sufrimos la desilusión del error o la enfermedad. En algunas etapas vivimos la inocencia de la infancia o la pasión de la adolescencia o el fruto y los sustos de la

madurez o la decadencia y la paz de la ancianidad. Y después se nos van muriendo los otros y más tarde nos moriremos nosotros.

Mientras tanto, hay que seguir tejiendo el tapiz de la vida y seguir adelante, porque sólo los cangrejos “van p’atrás”, como decía socarronamente Paco Martínez Soria. Y, además, hay que continuar entretejiendo la vida juntos, recordando un verso de Octavio Paz: «no soy, no hay yo, siempre somos nosotros».

Llorar por vivir es sano de vez en cuando.

«LA HOJA ROJA»

(4 de mayo de 2020)

Al viejo don Eloy le salió una tarde “la hoja roja” en el librito de papel de fumar en la que se le advertía: «Quedan cinco hojas». Y él se hizo a la idea de que le faltaban sólo cinco días. «Es un aviso», decía a sus conocidos.

Comenzó a sentirse poco a poco como un estorbo, a ser tratado como «abuelito», a temer la soledad de su habitación y a ser ignorado por su familia, a caer en la cuenta de que «la vida es una sala de espera» y, sobre todo, a sentir cada vez más «un frío impreciso que le hacía estremecer».

El viejo don Eloy comprendió, entonces, que los seres humanos necesitan calor y que, por esa razón, domesticaron el fuego a cuyo alrededor apareció la intimidad y la comunidad.

La visión positiva o negativa de la ancianidad ya viene de lejos y con nombres ilustres como Platón, Aristóteles, Cicerón... o, más recientemente, Simone de Beauvoir, Gabriel García Márquez, Ernest Hemingway.

Pero ninguno me ha impactado tanto como Miguel Delibes en *La hoja roja*, cuyo don Eloy representa a todos los ancianos del mundo: a los que han querido vivir solos o con su pareja, a los de las residencias sociosanitarias, a los que han muerto por Covid-19 y a los que están enfermos o sufren sus consecuencias.

Suele decirse que hay etapas diferenciadas en la ancianidad, caracterizadas por distintos grados de limitación y dependencia. Lo que voy a añadir se puede apreciar, por cualquier observador, a lo largo de una o varias de esas etapas que recorren los ancianos. Emplearé para ello [palabras de Miguel Pastorino](#), profesor de filosofía en Uruguay.

Pero antes de seguir quiero curarme en salud. Tengo la impresión de que me falta un trecho, pero ya veo a lo lejos la bocana del puerto. Veo aparecer algunos nubarrones en el horizonte, aunque no llegan las tormentas de momento.

Necesito mencionar aquí la ancianidad de mis padres y, en particular, la de mi madre, la sabia que no pudo ir a la escuela por las difíciles circunstancias que le tocó vivir. Al recordarlos comprendo que los años proporcionan una sabiduría diferente, nada especial ni exclusiva, pero es algo que no soy capaz de explicar cabalmente. Sé que es así, sin más.

Los ancianos transmiten una vitalidad, un sentido de la libertad y una paz interior que nunca aportarán la ciencia, ni la técnica, ni internet, ni las redes sociales. Tienen talentos especiales que solo los da el tiempo, no los títulos universitarios.

Disponen de sabiduría para interpretar los acontecimientos; paciencia para saber esperar; fortaleza para sostener a quienes no soportan la frustración; tacto para escuchar; visión amplia y desafectada para hacer frente a las urgencias.

Los ancianos traen calma y aceptación para las heridas, nos regalan otro modo de vivir el tiempo y la gratuidad. Nos enseñan a enfrentarnos con la verdad de la vida de manera realista y nos ayudan a distinguir entre lo superfluo y lo valioso, entre lo importante y lo urgente. Nos hacen comprender nuestra propia vulnerabilidad aceptando la verdad de nuestros límites y reconociendo que no se puede saber todo ni hacer todo.

Tienen un tesoro de experiencia acumulada que ninguna sociedad debería permitirse el lujo de desperdiciar. Son los que se han gastado el cobre para dejarnos la sociedad que tenemos, para paliar el paro de sus hijos o cuidar a sus nietos. Ahora mismo, con la covid, sufren por no poder hacerlo, por no poder darse.

A veces me veo con ganas de salir corriendo a ver el mundo, como en la novela de Jonas Jonasson (*El abuelo que saltó por la ventana y se largó*). Otras veces siento el temor de no llegar a reconocer con el tiempo a mis seres más queridos, tal como le sucedía a la protagonista de

El cuaderno de Noah, de Nicholas Sparks o al inolvidable “Emilio” del cómic y la película *Arrugas* de Paco Roca.

Pero siempre desearé que alguien me dé un beso en la frente antes de que me llegue la “hoja roja” de las cinco últimas páginas. ¡Qué menos! Por eso dice el propio Delibes que el ser humano ha venido al mundo para remediar la soledad de otro ser humano.

LA CEGUERA BLANCA

(11 de mayo de 2020)

Ayer me ha salido un *risotto* con setas que estaba como para ponerse de rodillas y llorar de alegría varios días seguidos. Y, mientras hacía esa joya culinaria, recordaba lo que está pasando en el mundo, tal como hacía Laura Esquivel mientras enseñaba sus recetas (*Como agua para chocolate*).

Hoy he podido ver en persona, por primera vez, a mi hija mayor: un lujo para el corazón y los sentidos. Fuera de ese círculo, hay demasiados muertos, el mismo número de familias que sufren por su pérdida y cifras desorbitadas de contagiados esperando la recuperación.

Estamos en medio de un paisaje lleno de niebla, como sucede en Asturias con frecuencia. Aún no sabemos a ciencia cierta —nunca mejor dicho— qué hay más lejos. La mayoría de nosotros experimentamos sensaciones desconocidas: recuerdos atrasados, amistades olvidadas, miedos,

aprensiones y sospechas más o menos intuitivas o escasamente razonadas.

No parece lógico “echarse al monte” o subirse a los árboles y pasar allí el resto de la vida, como hizo *El Barón rampante*, de Italo Calvino, para rebelarse contra la tiranía reinante y contra todo. El argumento es buenísimo, pero poco práctico.

Más bien somos protagonistas de una historia diferente, como la de aquel chico que se imaginaba estar en medio de un campo de centeno, guardando unos niños que andaban por todas partes y corrían el peligro de caer por un abismo. El chico “guardián” siempre llegaba a tiempo para evitar que se despeñaran.

A nosotros nos sucede algo parecido: vemos el peligro y queremos acudir con rapidez para salvar a todos los que podemos recoger con nuestros brazos, igual que en *El guardián entre el centeno* de Jerome D. Salinger. A veces no llegamos.

También hacemos cuentas del trayecto que hemos recorrido hasta aquí y nos sentimos satisfechos de vivir en un mundo tan científico, tecnificado y eficiente, pero frío y cruel. En este tipo de mundo sigue siendo muy valioso poder decir a alguien “nunca te abandonaré” o oder pedir a alguien “*nunca me abandones*”, como señala Kazuo Ishiguro.

Será casi imposible decir eso en África, por ejemplo, donde hay menos de 5.000 camas UCI en todo el continente, o sea, alrededor de 5 camas por cada millón de habitantes. Parece ser que en Europa hay 4.000 por millón de personas, aunque

luego sean notables las diferencias entre los propios países europeos.

Cuentan que, en una ciudad cualquiera de cualquier parte, un señor cualquiera se volvió ciego repentinamente con «una blancura que se le agarraba a los ojos» (José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*). La epidemia contagió a todo el país.

Ese mundo de ciegos nos representa cada vez que pasamos al lado de los nuestros y no los vemos o vivimos con los demás y no los comprendemos, dando lugar así a un enorme colectivo de «ciegos que, viendo, no ven» o, mejor dicho, una sociedad en la que quizá nos vemos, pero nunca nos miramos. ¿Habrá una “ceguera blanca” paralela al Covid-19?

Había una mujer vidente que servía de lazareto a los de la ceguera blanca. Una mujer lúcida. Pero sucedió que, en otra ciudad, donde los ciudadanos decidieron votar en blanco –y de ese modo volvieron tarumbas a sus gobernantes– la autoridad de turno creyó que estaba ante otra nueva epidemia, aisló a los contagiados por esa “lucidez” e incluso terminó liquidando de un tiro a la mujer lúcida (José Saramago, *Ensayo sobre la lucidez*).

En estos tiempos de inclemencia es una barbaridad andar “depurando” personas lúcidas. Nos falta lucidez para ir más allá del debate y las decisiones políticas.

Habría que ir hacia un mundo donde nunca sea un milagro seguir viviendo y cuidemos siempre el frágil equilibrio de la vida; donde jamás seamos indiferentes ante el “todo vale”; donde miremos de frente a los ojos de los demás sin aver-

gonzarnos y reconozcamos que el presente sin futuro no sirve de nada, porque «la ceguera es vivir en un mundo donde se ha acabado la esperanza».

Merece la pena recordar que «dentro de nosotros hay algo que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos».

Estamos abandonando un modo de vivir en el que vivíamos confortablemente y aguardamos, expectantes, un cambio más o menos radical de destino por un gesto tan simple como encender una luz (J. Saramago, *La caverna*).

Eso es lo decisivo. Luz para ver que el mañana es posible y está cerca. Sólo está a metro y medio, por ahora. ¡Qué bien lo explicó Platón en *La Caverna*!

«LA PESTE»

(18 de mayo de 2020)

Ya no aplaudimos o, al menos, no aplaudimos como antes. Bueno. Últimamente hay quienes se dedican más a golpear cazos y sartenes, pero tiene que haber de todo en el mundo, como decía mi padre. Desconocemos el grado de impacto social que tendrá en fechas próximas ese tipo de cacofonía. Siempre hubo gente a quien le gusta ese tipo de percusión, aunque no vaya al ritmo de la orquesta. A mí no me gusta. Prefiero hacerlo escribiendo lo que siento y lo que pienso, por ejemplo. La cuestión no reside en dar fuerte el siguiente sartenazo, sino en argumentar con modestia lo que se dice.

Repasando estos días lecturas antiguas me detuve en *La peste* de Albert Camus. Escéptico, descreído y hasta mordaz y agresivo con la vida, el Nobel de Literatura de 1957 describe la pandemia como una metáfora de la actualidad.

La figura más luminosa es Rieux, el médico, una figura con luz propia como hoy la vemos en todos los profesionales sanitarios. A su lado había otros personajes más complejos: un activista (Tarrou), un delincuente (Cottard), un funcionario (Grand), un juez (Othon) o un sacerdote católico (Paneloux). Cada uno de ellos opta también por poner su vida en peligro para luchar contra la enfermedad. Tenían diversos motivos: morales, familiares, religiosos e incluso inexistentes o difíciles de entender. La buena voluntad y el buen corazón los unía ante la verdadera epidemia, que no era la procedente de un bacilo o de un virus, sino la que «cada uno lleva en sí» y de la que «nadie está indemne»: la fragilidad, la vulnerabilidad, el paso irremediable del tiempo, la finitud y la limitación, la muerte...

Lo que a mi juicio no debemos hacer es prenderle fuego a todo para incendiarlo, entre otras razones porque es bastante suicida y no hay por qué ponerse así. Quizá alguna vez, llevados por alguna ofuscación, desearíamos hacer como *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina*. Sin embargo, Lisbeth Salander, la protagonista de la novela de Stieg Larsson, entendía su vida como una serie de capítulos que se iniciaban siempre con una ecuación matemática.

Hoy ocurre algo parecido: estamos ante una serie sucesiva de problemas que necesitan solución. Y deberíamos hacerlo juntos. Tan absurdo sería echar una cerilla a la gasolina como rechazar a un infectado dándole en la cabeza con *La consolación de la filosofía* de Boecio, por ejemplo. Tan absurdo es querer quemarlo todo como resolver problemas en solitario, sin contar con los demás.

Es probable que hayan acabado los aplausos (tampoco sería especialmente grave), pero podemos hacer mucho más que lamentarnos. Recuerdo a ese respecto una ocurrencia de Mafalda cuando pasaba a su lado un señor mayor, con traje y corbata, que se estaba cruzando con un chico tatuado, con barbas, sandalias, pantalones a rayas y largas extensiones de pelo: «¡Esto es el acabóse!» decía el señor, mientras miraba huraño al joven, a lo que Mafalda respondió: «No exagere, hombre. Esto es el continuóse del empezóse de ustedes».

Nos incumbe también a todos hacer aportaciones para salir de esta situación. Cada uno desde su lugar. Lo que no parece de recibo es pasar del tema queriendo ignorar cosas que debemos saber. Eso sería lo mismo que incurrir en *La conjura de los necios*, de J.K. Toole, porque la actitud de hacerse los despistados, con la que está cayendo, es propia de necios.

Lo que sí es evidente, desde que ha llegado Covid-19, es que todos, sin excepción alguna, estamos siendo puestos a prueba en todos los aspectos: personal, familiar, sanitario, económico, social,

político, local, regional, nacional, continental, global.

Este gigantesco examen colectivo revela nuestro talante y nuestro talento y, sobre todo, una actitud peligrosa, a mi juicio: la de no levantar la vista, no mirar a lo lejos, al horizonte o, dicho de otro modo, empeñarse tercamente en cultivar el provincianismo. Eso sucede cuando vivimos tan apegados a la mentalidad y a las costumbres del entorno particular que no somos capaces de ver lo que hay más allá. Basta un mapamundi o un libro de historia o un Google Earth para caer en la cuenta de que no estamos solos, de que en este mundo hay otros, muchísimos otros. Y si al lector le cuesta trabajo admitirlo sería suficiente con que leyera *Viajes con Heródoto* de R. Kapuscinsky.

La peste de A. Camus era un aviso contra el mal, pero, sobre todo, era saber que contra ese mal hay un antídoto. El antídoto es la propia humanidad, la bondad que hay en cada ser humano, su acumulada sabiduría secular, su capacidad colectiva de reacción y de resistencia, de solidaridad, de altruismo, porque el mensaje final de Camus sigue estando vigente: «en los seres humanos hay más cosas dignas de admiración que de desprecio».

Si algún día dejásemos de confiar en el ser humano habría triunfado definitivamente la peste. Estaríamos todos infectados y sin soluciones. Y no es así.

RECUERDOS DEL FUTURO

(27 de mayo de 2020)

Antes de arropar y de apagar la luz a mis hijos por las noches, cuando eran todavía unos niños, me decían: «te quiero, te cariño y te beso», «te quiero muchísimo del amor». Son palabras que hoy siguen narrando un mundo tan real como mágico, una época pasada que perdura aquí y ahora, porque la sigo llevando conmigo.

Es un lenguaje que me trae el recuerdo de la riqueza de los gestos humanos, el que se utiliza en esa especie de tiempos sin tiempo, cuando «las cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo», como se dice al inicio de *Cien años de soledad*.

Conozco dos novelas que llevan el título de *Recuerdos del futuro*. Una es del suizo Erich Von Däniken y la otra de Siri Hustvedt, Premio Princesa de Asturias de las Letras en 2019. Me interesa esta última, que nos habla de cómo nuestro pasado moldea de algún modo lo que somos. A lo largo de estos días de confinamiento he dedicado tiempo a revivir el pasado, igual que habrá hecho usted que ahora está leyendo estas líneas.

Cuando era niño, hace muchos años, me llevaba mi madre café en un vaso de latón al despertarme por la mañana. Después salía para la escuela. Entonces se iba a la escuela, no al “cole”. Es lo mismo, pero tampoco es lo mismo, aunque esa explicación tenga algo de la “lógica borrosa” o difusa de Lotfi Asker Zadeh. Puede conservar aquel vaso durante un tiempo, pero lo perdí.

Algo parecido sucede a cualquiera que guarde una antigua foto, un libro dedicado, una firma, un anillo. Quizá no sea verdad del todo eso de que las palabras las lleva el viento. Los símbolos hablan. Hasta los virus tienen su lenguaje: vienen del pasado, fastidian el presente y condicionan el futuro de todos.

Me han venido también a la memoria figuras tan ilustres como Abelardo, Averroes, Maimónides, perseguidos por sus ideas. Un cristiano, un árabe y un judío, que hablan de la tolerancia activa, del respeto a todos los dioses, de la fuerza de la razón y de la cordialidad de la justicia. La Córdoba medieval, por ejemplo, era toda una demostración de la convivencia pacífica entre diferentes. De nuevo el pasado ilumina la actualidad.

Las palabras sabias y sinceras siempre superan el aparente triunfo del silencio provocado por la represión; siempre pasan por encima de la engañosa victoria de las hogueras que pretenden silenciar con fuego a los “galileos” del mundo.

Y todo lo anterior me trae la imagen inolvidable de Eneas, llevando a su padre Anquises a cuestas, camino del destierro. Se puede ver al final del segundo libro de La *Eneida*, de Virgilio. Es una imagen intemporal, enternecedora, profundamente humana y completamente actual. Vamos juntos hacia el futuro. Nos acompañan certezas, incertidumbres y elevadas dosis de “lógica difusa”. Pero procuramos llevar a cuestas a cuantos no son capaces de continuar caminando por sí mismos. La vida no se entiende sin sentir su peso sobre las propias espaldas.

Haríamos el más completo ridículo si creyéramos que el futuro es únicamente cosa de los vivos o de los que nos consideramos, equivocadamente, útiles y “normales”. En el abultado fardo de la experiencia llevamos, además, el recuerdo de nuestros propios muertos, incluidos los millares de la pandemia de quienes hacemos memoria estos días. Los muertos son el *humus* de la historia. Tejen el tiempo con sus cenizas, nos dan los mimbres para seguir construyendo la vida y confirman la experiencia de que el amor es más fuerte que la muerte.

El paso del tiempo, ese aliado de las arrugas y del cronómetro, es imparable, inexorable. Igual que mis coetáneos, yo he sido testigo de acontecimientos únicos: la revolución de Cuba, la llegada del hombre a la luna, el concilio Vaticano II, el mayo del 68 francés, la marcha de los derechos civiles en Washington, la llegada de la democracia española, la revuelta de Tiananmen, la caída del muro de Berlín, la desintegración de la URSS, las olimpiadas de Barcelona, la elección de Mandela como presidente de Sudáfrica, la revolución informática, la pandemia de Covid-19, y, por desgracia, mucho terrorismo, mucha guerra y mucha violencia.

Sí. El futuro se teje con los recuerdos del pasado, aunque parezca un oxímoron.

SIÉNTESE, POR FAVOR

(6 de junio de 2020)

Ya no recuerdo cuándo dejaron de llamarme “niño” o “guaje” o “guajín”, como decimos en Asturias. La primera vez que me llamaron “caballero”, en lugar de “chico” o “chaval”, pillé un mosqueo considerable. La siguiente vez que me dijeron “señor”, en lugar de “caballero”, el tema se volvió complicado. Pero el día en que me cedieron el asiento del autobús, diciendo “síntese, por favor”, la cosa se puso muy seria. Así que niño, chico, caballero, señor, “síntese” ...

Antes de ir sentado como “señor” en el autobús municipal, dediqué tiempo y energías a la investigación. Aprendí a ser “ratón de biblioteca”, una expresión que hizo popular a mediados del siglo XIX Carl Spitzweg en su obra *Der Bücherwurm (Ratón de biblioteca)*. No me había dado cuenta de que sabía tan pocas cosas, ni de que apenas se puede decir casi nada nuevo. Además, en caso de decir algo, dependes de lo que ya han dicho otros. Para pensar hay que dialogar.

Viví entonces entregado a descifrar una serie de temas relacionados con [“la lucha por la vida”](#) en un determinado período histórico y con unos resultados que aquí no procede exponer. Me llamó, entonces, la atención el hecho de que, con ese mismo título, había publicado Pio Baroja una trilogía (*La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*), cuyo personaje principal, Manuel, pasa la vida luchando por vivir con un sentido que no consigue alcanzar. Hay varios comentarios suyos que no olvidaré: «siempre habrá momentos malos que

lleguen a tu vida, los buenos tendrás que ir a buscarlos ... para llegar lejos en la vida no es necesario correr, lo importante es no detenerse nunca».

Pero hubo algo más hondo que confirmó intuiciones anteriores. Al margen de su composición genética o química, la vida es la vida de cada ser vivo singular, la de cada ser humano con nombre propio, pero no porque posea nombre sino porque es irrepetible. La vida humana, además, está a la intemperie. Por eso es vulnerable e interdependiente. Esto es un hecho empírico. Covid-19 lo está demostrando hasta la saciedad.

Con el paso de los años fui identificándome con versos de Pablo Neruda:

«Me gusta cuando callas porque estás como ausente

...

*Y me oyes desde lejos y mi voz no te alcanza:
Déjame que me calle con el silencio tuyo*

...

Una palabra entonces, una sonrisa bastan...».

Volviendo al principio. Desde el asiento del autobús municipal se ve el panorama de otra manera. Aquel “siéntese, por favor”, fue decisivo. Hay cosas que antes parecían insignificantes y que ahora adquieren valor, como la palabra, el silencio, la sonrisa, la mirada. Hacen el mundo más humano, un término éste nada fácil de definir, por cierto, pero nos entendemos ¿verdad que sí?

EL TIEMPO, LA VIDA Y ADRIANO

(17 de junio de 2020)

Estos meses de pandemia, alarma, confinamiento e infomedia, se están haciendo largos y, a la vez, corren como el viento. Hace poco estábamos en invierno y, de repente, nos encontramos a las puertas del verano. Han sido días diferentes de los de otras épocas de la vida, días “raros” que están pasando a toda velocidad. Parecen un suspiro.

Recuerdo, al respecto, el modo de vivir la duración del tiempo durante la infancia. Parecía, entonces, que el tiempo estaba suspendido, detenido, como si el reloj estuviese parado o los días casi no se contarán. En mi caso, además, me dedicaba a subir y bajar en coche el puerto de Pajares desde la cocina de mi casa, me empeñaba en clavar puntas de acero en el suelo de madera de mi propia habitación y rompía a llorar como un perdido cuando escuchaba cantar a mis padres.

Años después, levantar el suelo de mi habitación resultó ser toda una proeza, pude subir y bajar realmente el Pajares y el riego de lágrimas ante mis padres me llevó casi a ser músico.

Luego, en la adolescencia y la juventud, los minutos pueden convertirse en horas y las horas adoptar la rapidez de los segundos. A ello hay que añadir que en esa etapa de la vida tenemos la sensación de poder con el mundo entero y de que hasta lo podemos llevar a cuestras. Y, de ahí en adelante, los meses y los años van pasando a una velocidad de vértigo. He vivido con frecuencia la sensación de que los días tenían menos de veinticuatro

horas. Siempre faltaba tiempo para hacer cosas. Tenía razón Goethe cuando hacía decir a su Fausto que «*al principio era la acción*». La vida es acción constante, puro movimiento.

Con el paso de los años he utilizado la reflexión interior, la presencia de los demás, los libros y la música, como referencias para evaluar mi vida. Ustedes tendrán esas u otras, pero siempre hay alguna. Son decisivas para sostener las emociones, los sentimientos y las ideas que dan un sentido a la vida.

Adriano ya utilizaba esos criterios, según lo plasmó la pluma de Marguerite Yourcenar en sus *Memorias de Adriano*. A la sombra de su gran figura me atrevo a decir que he dedicado mucho tiempo a «buscar las razones de ser, los puntos de partida, las fuentes» de mis ideas y de mis actos, y aún no se ha acabado. Es imposible resumir la vida en una frase. Decía Adriano, «lo que no fui es quizá lo que más ajustadamente define» la vida.

Aquel ilustre romano, probablemente oriundo de la Itálica española, estaba convencido de que la tríada «Humanidad, Felicidad y Libertad» eran mucho más que palabras inscritas en las monedas de su imperio. A mi juicio, cualquier forma de inhumanidad, infelicidad y esclavitud, devalúa por completo el valor de aquellas monedas de Adriano y desprecia al ser humano concreto, el «de carne y hueso ... el que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano», como decía Miguel de Unamuno.

Macbeth de Shakespeare decía que «La vida es una sombra, un histrión que pasa por el teatro y que se olvida después, la vana y ruidosa fábula de un necio».

Pedro Calderón de la Barca, en *La vida es sueño*, dejó escrito: «¿Qué es la vida? Un frenesí. / ¿Qué es la vida? Una ilusión, / una sombra, una ficción, / y el mayor bien es pequeño: / que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son».

También Juan Ramón Jiménez, en *Eternidades*, dice algo parecido:

*«Soy como un niño distraído
Que arrastran de la mano
Por la fiesta del mundo.
Los ojos se me cuelgan tristes
De las cosas...
¡Y qué dolor cuando me tiran de ellos!».*

Son versos tan reales como tristes. ¿Hemos nacido sólo para corretear entre títeres? ¿Somos actores de una fábula de cínicos? ¿Tanto nos duelen los ojos por mirar las cosas de la vida? ¿Para qué comprometerse por la justicia? ¿De qué han servido hasta ahora los muertos? Son temas «humanos», como los de Sócrates, y dan qué pensar.

Yo prefiero hacer otra propuesta parafraseando de nuevo palabras de Adriano: «en medio de tantas máscaras, en el seno de tantos prestigios, no puedo olvidarme de la persona humana», es decir, no puedo caer en el error fatal de olvidarme de mi mismo: del joven, del adulto, del “mayor” que ve ahora el panorama [desde el asiento del bus municipal](#), como decía aquí mismo hace unos días, y

también de aquel niño que subía montañas desde la cocina de su casa, clavaba como una fiera docenas de puntas cada semana y lloraba a moco tendido cuando se ponían sus padres a cantar.

La música, los libros, la presencia de los demás y la reflexión han sido hasta hoy las referencias para evaluar el tiempo de mi vida. ¿Cuáles son las de ustedes?

ERAN SÓLO 1,20 EUROS

(2 de julio de 2020)

Esta misma mañana, mientras iba en [el autobús municipal](#), ese donde me ceden el asiento y veo el panorama de otro modo, subió una chica con su hijo pequeño. Eran latinoamericanos. La madre no disponía de la cantidad exacta de dinero para el billete. Preguntó en alta voz si alguien disponía de cambio. Yo me levanté para abonarles el viaje con mi tarjeta de bonobús con tan mala fortuna de que cuando la pasé por la pantalla de los tiques dio señal de haber gastado el último viaje. Tampoco tenía dinero suelto para darle la cantidad exacta: 1,20 euros. El niño no pagaba. Me acerqué al conductor y me repitió que no tenía cambio. Entonces, la chica elevó de nuevo su voz: ¿Alguien tiene cambio de 10 euros? ¿Alguno de ustedes puede cambiarme el billete?

El conductor guardaba silencio. El reloj parecía haberse detenido. Me levanté a mirar. Seríamos unos treinta pasajeros. Nadie dijo nada, y nadie miraba a la chica

de frente. Todo el mundo se hacía el despistado. El niño preguntó: ¿qué pasa, mami? ¿Nadie nos ayuda? La chica, entonces, tomó al niño de la mano y se bajaron del autobús. Se sentaron en el asiento de la parada y comenzaron a llorar. Sólo eran 1,20 euros.

Hice lo que estaba en mi mano por ayudar, pero cuando me puse en pie tampoco dije nada. El silencio puede ser también una manera de ocultar las propias vergüenzas y, en el fondo, los prejuicios sociales. Hacer simplemente lo correcto equivale, en estas ocasiones, a mostrar lo groseramente incorrecto.

Así nos luce el pelo a los listillos de Occidente que, con la mayor corrección, callamos ante el hecho de que el 90% de los recursos sanitarios se dedican a investigar las enfermedades que afectan al 10% de la población mundial, la del “Primer Mundo”, mientras que sólo un 10% de esos recursos se dedican a investigar las enfermedades que afectan al 90% de la población que está en el “Tercer Mundo” o, mejor dicho, en el «Último Mundo». Los recursos no dan para tanto en tiempos de pandemia, pero sí para comprar casi todo el stock mundial de remdesivir por lo que pueda pasar (!!).

Socialmente, como colectivo, no hemos cambiado prácticamente nada. Aquello de que somos gente solidaria, capaz de cuidar de nosotros mismos y de los más vulnerables, se parece a la historia de *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, donde la realidad se confunde con la fantasía. El virus nos ha hecho caer a todos por un inmenso agujero

hasta un lugar donde nos hemos observado fascinados por la sonrisa y la exigencia de ser buenos ciudadanos. Parecía incluso que iba a surgir una nueva sociedad y que volveríamos a ser todos mejores. ¡Mentira podrida! ¡Falso!

Lo voy a decir de otra manera para quedar a gusto conmigo mismo. Sigo manteniendo la convicción de que es necesario mantener la confianza en el ser humano. Si no fuera así, habría que cerrar el negocio, y tendría razón el *Libro de miseria de omne*, de finales del siglo XIII, para quien todo era degradación y desastre. De haber sido así, nada hubiera merecido la pena, nada tendría valor ahora ni mañana. Pero sabemos por experiencia que no es todo así, ni mucho menos. El enorme esfuerzo intelectual, emocional, técnico y moral, que se ha derrochado en esta pandemia, demuestra justo lo contrario.

Hoy disponemos de una enorme cantidad de información en red. Nunca había sucedido nada igual. Pero tener mucha información no equivale matemáticamente a tener conocimiento y sabiduría. Si el crecimiento exponencial de la ciencia y de la técnica no va parejo al crecimiento en actitudes, al desarrollo de la razón cordial, al movimiento del corazón, es decir, si el tratamiento de la información no es proporcional al conocimiento ético, a la disposición proactiva para mejorar las relaciones humanas, cultivar la fortaleza, la firmeza y la generosidad que reclamaba Baruch Espinosa en su *Ética*, si no es así, estamos haciendo una farsa.

El papel social que desempeñamos esconde lo que somos. Basta una madre y

su niño en un autobús cualquiera para desenmascarnos.

En el fondo todos somos humanos, pero no acabamos de agarrar lo humano con las manos. No llegamos a *Lo humano, demasiado humano*, de Friedrich Nietzsche. Me resulta engorroso citar a este hombre, pero decía verdades como puños. Tiene que llegar el momento de superar la ética del *statu quo*, la ética de un comfortable bienestar, de regodearse en el sufrimiento, de instalarse bajo la compasión, de no mover un dedo para cambiar de posición, de pensar siempre como los que mandan porque se les concede la razón sin discutir, de tranquilizar la conciencia por estar suscritos a una ONG, de edulcorar la soledad de nuestros muertos ante el peligro de contagio, de aplaudir a los sanitarios por las ventanas y acordarse de su familia pasado mañana mientras se olvida su protección y su mejora laboral, etc., etc.

Presumimos de una ética centrada en la gratitud, la reciprocidad, la solidaridad y el respeto, mientras pasamos la vida produciendo ingratitud, partidismos, insolidaridad y desprecio. Tenemos una doble moral institucionalizada, pacíficamente socializada, una moral en la que estamos “tan agustito”, tan ricamente.

Y sólo eran 1,20 euros. La madre y el niño lloraban. Era suficiente con verlos llorar. Era tremendo. Era un grito sin palabras. Eran tan sólo 1,20 euros.

PROFESORES Y POETAS

(16 de julio de 2020)

Hace varias semanas que dos antiguos compañeros y amigos me enviaron dos vídeos que no tienen desperdicio. Uno es de un profesor de literatura y otro de un poeta. Por eso estas líneas llevan el título “Entre profesores y poetas”.

[Nuccio Ordine, profesor de Literatura Italiana en la Universidad de Calabria](#), Italia, pone el foco en diversas cuestiones de actualidad:

«El contacto con los alumnos en el aula es lo único que puede dar sentido a la enseñanza y a la propia vida del docente. ¿Cómo podré leer un texto clásico sin mirar a los ojos de los estudiantes, sin reconocer en sus rostros los gestos de desaprobación o de complicidad?»

Las aulas, sin la presencia de los alumnos y de los enseñantes, se volverían espacios vacíos, privados del soplo vital. Los estudiantes no son recipientes para ser llenados de nociones. Son seres humanos que necesitan, igual que los profesores, dialogar, reconocerse en la experiencia vital de estar juntos para aprender.

A los jóvenes, hoy, no se les pide que estudien para mejorar, para hacer del conocimiento un instrumento de libertad, de crítica, de compromiso civil. No. No. A los jóvenes se les pide que estudien para aprender un oficio y ganar dinero.

Se está perdiendo la idea de la escuela y de la universidad como una comunidad donde se forman los futuros ciudadanos, que podrán ejercer su profesión con una

fuerte convicción ética y un profundo sentido de la solidaridad humana.

En estos meses de confinamiento, estamos dándonos cuenta de que las relaciones humanas, no las virtuales, están transformándose cada vez más en un artículo de lujo ... Estamos olvidando que, sin la vida comunitaria, sin los rituales que regulan los encuentros entre profesores y alumnos, en las aulas, no puede haber ni transmisión del saber ni formación auténtica.

Ninguna plataforma digital, ninguna, puede cambiar la vida de un estudiante. Sólo los buenos profesores pueden hacerlo.»

Léopold Sédar Senghor (1906-2001), fue un poeta senegalés que llegó a la Jefatura del Estado de Senegal, además de ser catedrático de gramática, ensayista y miembro de la Academia francesa. Uno de sus poemas dice así:

*«Querido hermano blanco,
cuando yo nací, era negro,
cuando crecí, era negro,
cuando estoy al sol, soy negro,
cuando estoy enfermo, soy negro,
cuando muera, seré negro.
En tanto que tú, hombre blanco
cuando tú naciste, eras rosa,
cuando creciste, eras blanco,
cuando te pones al sol, eres rojo
cuando tienes frío, eres azul
cuando tienes miedo, te pones verde,
cuando estás enfermo, eres amarillo,
cuando mueras, serás gris.
Así pues, de nosotros dos,
¿Quién es el hombre de color?»*

METÁFORAS

(27 de julio de 2020)

«¡El mar! ¡El mar!». Así gritaban los griegos cuando llegaron a la costa después de recorrer una enorme distancia desde tierras persas. El propio Jenofonte cuenta, en su *Anábasis*, que él mismo corría con sus compañeros hasta lo alto de la colina donde estaban los demás, «abrazados unos a otros, con lágrimas en los ojos», mientras gritaban «¡Thalassa! ¡Thalassa! (¡El mar! ¡El mar!)».

Habían vivido a la intemperie, expuestos a peligros, padeciendo carencias, confusos, desorientados, dispersados en una geografía hostil y ante gentes desconocidas. El mar era lo que esperaban ver. Estaban llegando a casa.

Aquella marcha de los griegos es una metáfora de lo que supone caminar en tiempos de pandemia a través de ciudades vacías, relaciones extrañas, ancianos aislados, conductas irresponsables, cifras terroríficas de muertos y contagiados... También constatamos necesidades básicas: el cuidado, las normas colectivas, la protección de los débiles, la fragilidad y vulnerabilidad, la interdependencia...

Es una lección global de humildad. Una larga marcha donde hemos vivido la sensación de haber perdido el horizonte o de haberse empañado.

Aquellos griegos nos enseñaron el valor de caminar juntos, incluso a la intemperie, y hacerlo con una finalidad. El rumbo ayuda a no perderse ni disgregarse.

Así mismo, su entusiasmo cuando llegaron al mar es otra metáfora de estos tiempos. Era insostenible caminar sin llegar a ninguna parte. No podían seguir

así. Era agotador. Ahora se acercaban a casa y los acontecimientos comenzaban a encontrar su sitio, al centro desde el que se ordenan las cosas. Volvían a casa.

La casa física es mucho más que una construcción y varios tabiques. Lo hemos comprobado en el confinamiento. Representa un centro que no es geométrico ni geográfico ni político, es un centro existencial: reúne y orienta.

Lo dice muy bien Josep Maria Esquirol, en su libro *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*. La imagen de las manos juntas y abiertas hacia abajo simbolizan el tejado de la casa, y las manos hacia arriba representan la petición, la hospitalidad y el don. Igual que la vida diaria. Las manos, puestas así, sugieren que la existencia adquiere sentido desde la casa que es el otro. Son los otros quienes nos ponen a cubierto y a quienes acudimos pidiendo ayuda porque son el hogar originario.

Pedro Salinas lo describe así:

«Las manos son muy grandes y se puede dejar a un ser entero en unas manos».

Pero hay otra metáfora que puede ser útil para entender el tiempo actual. Es Ítaca, la isla griega, patria de Ulises, cuyo largo regreso de veinte años, tras la guerra de Troya, narra Homero en la *Odisea*. Estamos aquí ante un viaje que es más importante que la llegada, un viaje protagonizado por cada uno de nosotros.

Todos tenemos una Ítaca. Lo importante del viaje es la experiencia de afrontar juntos las dificultades, vencer a cíclopes, lestrigones y a nuestros demonios particulares que entorpecen los pasos y nublan la mente. Lo más valioso es apren-

der, hacernos sabios mientras caminamos. No hay por qué acelerarse. Ítaca no es la meta, es el motivo y el inicio de un viaje inacabable. Así lo ha contado Constantino Cavafis:

*«Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.*

*No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.*

*Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.*

Pide que el camino sea largo.

...

a puertos nunca vistos antes.

*Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.*

*Ten siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Mas no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguantar a que Ítaca te enriquezca.*

*Ítaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.
Aunque la halles pobre, Ítaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Ítacas».*

¡Benditas metáforas!

TE LLEVARÉ A CASA

(14 de agosto de 2020)

Había habido tormenta y lluvia. El camino estaba lleno de barro. Mi madre me dijo: «Dame la mano y luego pon los pies detrás de mí, donde pongo los míos».

Muchos años después, vuelvo a caer en la cuenta de lo que significa sentir la confianza de ser guiado por alguien que te ofrece seguridad, cobijo y protección. Al mismo tiempo, las manos y los pies de mi madre me daban conocimiento, orientación y sentido. Me regalaban sabiduría.

Pedro Salinas lo dice así:

*«Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido.
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo*

...

*Que hay otro ser por el que miro el mundo
porque me está queriendo con sus ojos*

...

*que este vivir mío no era sólo
mi vivir: era el nuestro...».*

Vivimos en incertidumbre y desorientación, y experimentamos la necesidad del conocimiento y de la sabiduría para encontrar direcciones. Me viene aquí a la memoria *El camino a casa* (*The road home*), con música de Stephen Paulus y letra de Michael Dennis Browne. Hay una excelente interpretación en [VOCES8](#).

A mi modo de ver, todos, de una u otra manera, como en esa canción, estamos buscando caminos que hemos abandonado o perdido y que nos podrían llevar a casa. Hemos soportado vientos, lluvias, hemos tenido sueños de los que nos he-

mos despertado al amanecer, hemos oído llamadas para mostrar el camino.

Quizá lo realmente decisivo sea encontrar a alguien o ser capaces de decir a alguien, como en la canción, «Levántate, sígueme / Ven, es la llamada ... / Te llevaré a casa [I will lead you home]».

También es cada vez más frecuente la convicción de quienes creen que somos los actores de un teatro global. La obra que se representa es una tragedia sobre las grandes contradicciones de la existencia: sonrisas y lágrimas, presencia y ausencia, sociabilidad y confinamiento, salud y enfermedad, vida y muerte. Sólo falta una pizca de sorna e ironía para hacer subir a los payasos al escenario.

Al fin y al cabo, después de abrir las puertas y de buscar por todas partes, después de estar esperando y de pensar que queríamos las mismas cosas, resulta que vuelven los brotes del virus, se encienden las alarmas... volvemos a las andadas...

Sólo nos falta decir, sin perder la compostura, pero con cierta guasa, algo de lo que cantaba Frank Sinatra:

*«Es que no te gusta la farsa? ...
Pensé que querías lo que yo quiero.
Lo siento, cariño.
Pero ¿dónde están los payasos? ...
Envía adentro los payasos
[Send in the clowns]».*

El asunto no es para tomárselo a broma, desde luego. Sin embargo, ¿estará sucediendo algo de esto hoy?

Uno de los personajes de la *Eneida*, llamado Métabo, padre de una niña de pocos días, ante el peligro que suponía atravesar con ella en brazos un peligroso

río, la ató a una jabalina olímpica y la lanzó a la otra orilla. La niña se salvó.

La pandemia es una especie de río caudaloso que debemos sortear. La riada ya ha arrastrado a muchos. Demasiados. No sabemos con exactitud lo que hay al otro lado, aunque nos aseguran que el terreno no está anegado. Por mi parte, desearía que pudiéramos encontrar allí a alguien que nos ofrezca la mano y nos diga, como mi madre: «Pon tus pies donde yo voy pisando... te llevaré a casa».

Ojalá sea así. Nunca lo olvidaré.

«PERDÓNAME, MANUEL, PERDÓNAME»

(21 de agosto de 2020)

Era temprano, había poca gente por la calle y la mañana era agradable. Al fondo se veía venir por la acera una pareja de personas mayores, una caminando y otra en silla de ruedas. La señora, que empujaba la silla, quiso cruzar la calle sin percatarse de la altura del bordillo y los dos se cayeron al suelo.

El señor sangraba algo por una herida que se hizo en la frente. Pesaba muy poco. No hablaba, ni gesticulaba. Parecía tener un alto grado de dependencia. Su esposa se quejaba de una pierna atrapada bajo la silla de su marido. Decía, asustada: «no teníamos que haber salido de casa; perdóname, Manuel, perdóname».

Le dimos una botella de agua y un paquete de *clínex* y le pusimos la mano en el hombro. Temblaba y repetía sin cesar: «no podemos salir de casa, no puede ser... no puede ser». Y se iban alejando, lentamente, ella empujando y él encogi-

do en su silla de ruedas, mientras se cogían de la mano.

En realidad, algo parecido nos puede suceder a cualquiera y en cualquier momento. Pero ¡qué indefensos somos caídos en el suelo! ¡qué impactante es ver a una persona postrada en el asfalto de la calle! ¡sin fuerzas, sólo a merced de quien quiera acercarse!

Es una imagen real, contundente, demoledora, apabullante. Una imagen donde se demuestra, una vez más, que dependemos de otros. Es una evidencia. Por eso sigo sin entender a cuantos andan a sartenazos contra la cuarentena o defienden que la pandemia es una farsa.

Sin embargo, permítanme ustedes una digresión sobre lo ocurrido esa mañana. Aun a sabiendas de que todos podemos pasar por ese trance –pobreza, paro, violencia, enfermedad... o el bordillo de una acera– lo más valioso que poseemos, sin duda alguna, es el ser humano mismo. La persona caída, cualquiera que sea y en la situación que sea, sigue siendo un valor incalculable, un crédito inagotable, un bien no negociable. Y sobresale en situaciones de indefensión y debilidad.

El mundo sería más humano si se enfocasen las cosas desde esa perspectiva o, mejor dicho, si se pusiera el objetivo de todas las decisiones en el cuidado y la protección de los seres humanos más frágiles. Hace mucho tiempo que se dice esto y es conveniente recordarlo.

La dirección correcta no es la que va sólo hacia uno mismo, sea éste el yo o el grupo o la nación o el continente, sino la que va dirigida hacia los otros y, en particular, hacia los que están tirados por el suelo.

Aquella pareja de ancianos representa a los descartados, a las víctimas.

Deberíamos cambiar el rumbo. Estamos yendo en dirección contraria, lo cual no es sólo contraproducente y delictivo. Es un modo de actuar y de pensar obtuso, cruel, inmoral. No se trata de bendecir la desgracia y el dolor. Aquí se trata de una cuestión de justicia, puesto que sin justicia no hay sociedad ni humanidad.

Sin embargo, habría que ir más allá diciendo que no hay justicia sin perdón. Somos imperfectos, tenemos carencias y cometemos errores que nos impiden ver, nos encastillan y nos quitan la paz. Identificarlos, asumirlos y procurar evitarlos ayuda a superar los bordillos.

«Perdóname, Manuel, perdóname», decía la señora ¡Malditos bordillos!

«¡AYÚDAME A MIRAR!»

(2 de septiembre de 2020)

«Vientos, campos y caminos... / distancia...». Así comienza cantando Alberto Cortez el paso del tiempo.

En nuestra época es frecuente hacer muchas cosas seguidas, de manera incansable, como si no hubiera un mañana. Vivimos asfixiando los minutos.

Por estas mismas fechas, hace ahora más de dos décadas, Miguel Indurain demostraba durante el Tour de Francia que no había meta que se le resistiera hasta la final de París. ¡Cinco años seguidos! La cuestión era llegar el primero, pero a su debido tiempo. Parece una paradoja, pero no lo es.

La experiencia –madre de muchas más cosas positivas que negativas– se encarga de enseñar, tercamente, que siendo lógica la dirección hacia la meta, lo que verdaderamente cuenta es andar, caminar, avanzar, recorrer, o sea, ir.

Eso era lo que decía aquella niña a quien preguntaron unos viajeros: «¿Falta mucho?». Y ella dijo: «Falta menos». Lo importante, en mi opinión, es el modo de entender la vida que nos transmite el viajero de Eduardo Galeano: «Yo no viajo por llegar, viajo por ir».

Estamos atravesando una época de inquietud, de nerviosismo, de apresuramientos. Es muy necesario tener calma, serenidad, paciencia y mesura. No es fácil. Hay muchos problemas y múltiples necesidades. Urgen soluciones y carece de justificación perder el tiempo.

Sin embargo, las prisas siempre han sido malas consejeras. Precipitarse, sin programar ni evaluar, produce numerosas equivocaciones y demasiados errores a cualquiera, en cualquier momento y en cualquier fase de la vida

Tampoco es cosa de atolondrarse y pensar que «un fantasma recorre Europa», o el mundo, remedando lo que decía Carlos Marx. Bueno... fantasma del todo no lo es, pero se le parece. Asusta, intimida y acongoja, por decirlo finamente.

Lo que no nos podemos permitir es negar las evidencias, canonizar la mentira, socializar la ignorancia, oponerse a la ciencia, mercadear con el miedo, ningunear a los demás, descuidar la atención a los más vulnerables, en definitiva, acomodarse, enrocarse, aislarse o medrar metiendo ponzoña en la vida personal y colectiva, es decir, andar por ahí haciendo

el fantasma y pasar la vida pisando charcos y metiendo el dedo en el ojo ajeno.

Al contrario, utilizando de nuevo palabras de Eduardo Galeano, lo positivo y proactivo es adoptar la actitud de aquel niño que, ante el impacto de ver el mar por primera vez, pidió a su padre: «¡Ayúdame a mirar!».

«Falta menos», decía la niña. Sí. Es cierto. Vamos en una carrera por etapas, pero no es el Tour de Francia. Cuando tenemos la impresión de estar llegando a la meta aparece otra y otra y otra...

Detrás de nosotros hay gente que viene avanzando y también quiere llegar. Si no nos movemos colapsamos la meta. Por eso lo importante es “ir” y, mientras vamos yendo, pedirle a alguien, quizá con voz temblorosa: «¡Ayúdame a mirar!».

Me gustaría tener «un corazón de guitarra para cantar lo que siento», como Alberto Cortez, pero, al menos, lo intento.

«¿POR QUÉ CORRES, ULISES?»

(18 de septiembre de 2020)

Esta mañana estaba con mi hermano, en el hospital, ante la sala de extracciones. Le llegó el turno a una señora, anciana, que se encontraba sola. Cuando se levantó y se puso a caminar, con unos papeles en una mano y una muleta en la otra, no era capaz dar dos pasos seguidos. Me acerqué y le dije: «cójase de mi brazo» Y ella me dijo: «Muchas gracias, hijo. Estoy muy torpe». Mientras íbamos caminando añadió: «Ya no puedo andar deprisa. Hoy la gente corre demasiado».

La obra de teatro de Antonio Gala, *¿Por qué corres, Ulises?*, cuenta el regreso de éste a Ítaca, después de muchos años de ausencia, mientras sueña con mantener su vida de héroe. Los prejuicios y la fantasía le harán chocar con la cruda realidad. No fue capaz de estar a solas consigo mismo ni de escuchar su voz interior. Iba siempre corriendo.

Hay un mito griego en el que un joven, llamado Teseo, logra salir de un complejo laberinto recogiendo el hilo de un ovillo que le había dado Ariadna, su amada. Teseo la dejó abandonada en una isla desierta. Sin embargo, su soledad no resultó inútil. Adoptó la forma de una corona de estrellas que guía por la noche a los navegantes.

Hoy debatimos continuamente sobre medidas de contingencia, métricas de años de vida vividos y esperados y cumplidos, población activa, población de riesgo, grupos vulnerables, inmunidad de rebaño, Big Data, algoritmos, reuniones... y, sobre todo, prisas, llenar el tiempo, correr... Todo eso es importante. A veces, incluso urgente. Hemos de gestionarlo.

Pero también hay un mundo particular, privado, interior y exclusivo de cada uno. Le damos nombres tan diferentes como alma, espíritu, corazón, mente, intimidad... Ahí es donde fruncimos las ideas y tramamos los proyectos, donde acunamos los sentimientos y velamos los recuerdos... Es donde estamos a solas con nosotros mismos. Pero se nos hace cuesta arriba. No nos damos tiempo a nosotros mismos porque nos falta tiempo, porque no nos parece rentable y, a veces, porque tenemos miedo.

En el corazón tenemos muchos hilos que hilvanan la red de nuestra soledad: te-

moreos y sospechas, verdades y falsedades, sueños inacabados, amores vividos... Saber que una persona querida piensa en ti, que estás presente en su vida, produce bienestar y seguridad. Esa es, al menos, mi experiencia. La certeza de que alguien nos mira sin vernos o que nos siente sin tocarnos es una especie de hilo de Ariadna que va tejiendo y entretejiendo la vida, llena nuestra soledad y nos ayuda a salir de los propios laberintos.

Decía un personaje de Pío Baroja: «siempre habrá momentos malos que lleguen a tu vida, los buenos tendrás que ir a buscarlos... para llegar lejos en la vida no es necesario correr, lo importante es no detenerse nunca».

Una mano acogedora o un “hilo de Ariadna” pueden guiarnos cuando se hace de noche. Aquella anciana, en el hospital, me lo ha recordado hoy, como Antonio Gala, *¿Por qué corres, Ulises?*

RESISTIR

(30 de septiembre de 2020)

Hoy quería comenzar con cuestiones más personales y cotidianas, como las que me han ocurrido esta mañana. He ido a pesar peras y ciruelas, en un supermercado, para ponerles la pegatina del precio, y no era capaz de encontrarlas en la pantalla de la máquina. Acudió una chica a ayudarme y le di las gracias. He terminado comprobando la fecha de caducidad de la fruta por si acaso iba yo mismo incluido en el lote.

También hoy he visto un nuevo carril para bicicletas fuera de lo común. El ciclista tiene que enfrentarse primero a

una papelera y, después, a una farola. ¿Se imaginan ustedes al ciclista en cuestión luchando con la papelera y, seguidamente, subiendo la farola por un lado y bajándola por el otro?

El Dúo Dinámico ha hecho popular la canción “Resistiré”, desde 1988, aunque sus autores hayan sido Carlos Toro Montoro y Manuel de la Calva. Fue un himno colectivo durante el confinamiento. Sonaba todos los días desde el horizonte de las ventanas. Era un modo de entender aquel momento de varios meses.

Pero, en realidad, vivir en tanto que resistir implica muchas más cosas. Tiene que ver, al menos, con la actitud pasiva de aguantar, soportar, tolerar o sufrir algo, y con la actitud activa de oponerse a la violencia de algo o de alguien. Esta última también se refiere a cualquier cuerpo o fuerza que se opone a otra, que “ofrece resistencia”.

En estos tiempos que corren, es necesario ser resistente frente a diversos procesos de desintegración y de corrosión que provienen de nuestro entorno e incluso de nosotros mismos: resistir a los narcisos que creen que sólo existen ellos en el mundo; resistir las alucinaciones de quienes toman por real lo que no lo es; resistir el dogmatismo de quienes se empeñan en dominar a los demás porque sí, porque toca; resistir el fanatismo de quienes viven pegados a sus ideas como las lapas en las rocas de la playa; resistir a los enterados y sabiondos, a los que se aprovechan del poder, a los corruptos. Resistir la “pantallización” del mundo, el servilismo de las redes sociales o el ninguno de verse como unos “mindundis” en la sociedad global de Big Data.

Vivir en tanto que resistir es lo mismo que no ceder, es decir no a la prepotencia y la retórica vacía, al escaqueo, a los bulos y al estrés informativo, al fatalismo, al absurdo, a la parálisis producida por hacer el ridículo de quién puede mandar más.

Adoptar ese modo de vivir se parece a la resistencia eléctrica que, al resistir el paso de la corriente, da luz y calor. Es un tipo de resistencia que ilumina protegiéndonos de la noche, acercándonos las cosas y haciendo más confortable el espacio que habitamos.

«Nos salvamos por los afectos», decía Ernesto Sábato, pero «la inteligencia es la habilidad de adaptarse a los cambios», como aseguraba Stephen Hawking. Nada tiene que ver con la colocación de papeleras ni de farolas delante de las narices. Un modo de superarlo consiste en resistir lo que nos disgrega, nos desorienta y nos confunde. Pues eso.

RAFA NADAL

(17 de octubre de 2020)

Llueve, pero no hace frío. Sólo está “fresco”, como decimos en Asturias. En la plaza de la catedral no hay nadie. Es temprano. Tengo la sensación de que podría salir Ana Ozores para preguntarme si he visto pasar al canónigo Fermín de Pas, el Magistral. Es una visión fugaz que desaparece cuando contemplo la estatua de *La Regenta* mirando de soslayo hacia la torre de la catedral. Quizá espera que alguien la esté observando.

Ahora, [la muy noble y leal ciudad, Vetusta](#), «corte en lejano siglo», ya no huele a

«olla podrida», como decía Leopoldo Alas, “Clarín”. Es limpia y bonita.

Al salir de la plaza oigo una voz, que viene de lejos, dando gritos. Cuando la encontré de frente, era una señora, sin mascarilla, que exhortaba al arrepentimiento de los pecados y a prepararse a la inminente llegada del fin del mundo.

Me atreví a decirle que, al menos, se pusiera la mascarilla, y entonces me echó en cara que era un esclavo de lo que dicen los hombres y que no hacía caso a la voluntad de Dios. En mal momento se me ocurrió levantar el dedo pulgar para zanjar el asunto, porque, con ojos llenos de ira, me amenazó con las penas del infierno, asegurando que el virus no existía, que lo habían enviado los chinos y que era invención de los políticos.

Abrumado por tales evidencias científicas, continué caminando. Algunos viandantes me miraban compasivos.

Poco después, tomando un café en la acera de una calle, observo que en el platillo de la taza de café hay algunos versos del [poema de Cavafis](#) que hemos reproducido aquí hace varias semanas: «Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca, / pide que el camino sea largo, / rico en experiencias, en conocimientos. / Ten siempre a Ítaca en la memoria, / llegar allí es tu meta». No sabía yo que Ítaca, además, era el nombre de una conocida marca de café. De ahí los versos.

Días después, asistí al nuevo triunfo de Rafa Nadal en Roland Garros de París. Esto no fue sólo fruto del talento individual, sino del trabajo en equipo. La clave reside, a mi juicio, en la capacidad de hacer bien lo que se sabe hacer. Y hacerlo de manera reiterada, introduciendo

continuamente mejoras para adaptarse a los cambios de cada momento.

El largo viaje a Ítaca, o sea, el tiempo que dura la vida, ofrece diversas posibilidades. Una de ellas es soñar con la aparición de musas, como *La Regenta*, o con espejismos que distorsionan la realidad. Es una sensación agradable, pero solipista e inútil.

Otra posibilidad es pasar echando soflemas tremendistas, como la mujer predicadora. Esto es sectario y, en realidad, una demostración palmaria de lo que significa hacer el indio.

En tiempos de tribulación e incertidumbre, el secreto a voces es actuar por el bien colectivo, trabajar por la comunidad. Los espejismos y las posiciones apocalípticas producen escaqueo, desorientación y estrabismo conceptual, aunque puedan dar votos.

Hacer bien lo que se sabe hacer, y hacerlo juntos, termina convirtiéndose en un trabajo por la comunidad, un bien colectivo. Como hace Rafa Nadal, por ejemplo. Y, si les parece bien, el resto de los nombres y apellidos los ponen ustedes.

«NO TE RINDAS, POR FAVOR»

(31 de octubre de 2020)

Ha bajado mucho la niebla. Demasiado. En Asturias, suele permanecer enroscada en la cima de las montañas, pero, últimamente, llega hasta las calles de las ciudades y las callejuelas de las aldeas. Parece que han pintado el aire de blanco. Apenas se puede ver más allá de algunos pasos. Y ya hace varios meses que sucede

esto. Está agarrada al suelo de tal modo que no escampa.

La imagen de la niebla ayuda a describir la situación que atravesamos. Se percibe incluso un cierto aire de fatiga y tristeza en el ambiente, un aire silencioso, pero está ahí. Mantener la confianza y el ánimo en estas circunstancias es difícil. Padecemos efectos de desorientación semejantes a los que produce la niebla.

Sin embargo, aunque sea necesario detenerse para consultar los mapas y ver si funciona la brújula o el GPS, la vida no es sólo parada, ni pausa, ni estar en off. La vida continúa a pesar de los miles de enfermos y de muertos por la Covid-19. Es duro y cruel, pero es así.

Empecinarse en armar bronca continuamente o enfadarse con el mundo es poco práctico a la larga, aun a sabiendas de que tal modo de actuar se extiende como la pólvora. Supone un gasto inútil de adrenalina y, además, deja mal cuerpo. Lo principal no consiste sólo en lo que podemos hacer, sino en lo que debemos hacer. Es imprescindible, por ejemplo, buscar mejorías consensuadas a base de seguir intentándolo y no rendirse nunca.

Antes de comentar eso un poco, me vienen a la memoria aquellas palabras de Winston Churchill, dichas en un contexto muy diferente, pero que siguen siendo inspiradoras: «El éxito no es definitivo, el fracaso no es fatídico. Lo que cuenta es el valor para continuar».

Cuenta Heródoto en su *Historia* que un consejero del rey Jerjes, llamado Mardonio, le dijo una vez: «Nada se resuelve por sí solo. Los seres humanos suelen conseguirlo todo a base de tentativas». Ese sabio consejo no nos garantiza que

sea suficiente intentarlo, pero jamás se termina lo que no se comienza. Por eso a la tentativa de nuevos caminos hay que unir la importancia de no rendirse nunca:

*«No te rindas, por favor, no cedas,
Aunque el frío queme,
Aunque el miedo muerda,
Aunque el sol se ponga y se calle el viento,
Aún hay fuego en tu alma,
Aún hay vida en tus sueños.
Porque cada día es un comienzo nuevo,
Porque esta es la hora y el mejor momento.
Porque no estás solo, porque yo te quiero»*
(Poema anónimo atribuido a M. Benedetti)

«Lo esencial de la vida es lo que hace que la vida valga la pena», decía Mario Andrade, y eso se consigue a base de intentarlo una y otra vez sin rendirse. Conviene recordarlo precisamente ahora.

SIDDARTHA

(13 de noviembre de 2020)

La escritura de un texto se parece a una siembra de letras en los surcos de las hojas. Se convierte en palabras o, mejor dicho, adquiere vida por medio de la lectura. Cuando ustedes leen, las frases pueden suscitar ideas, recuerdos, sentimientos, vivencias, por ejemplo.

El lenguaje humano abarca desde el whatsapp hasta la poesía de san Juan de la Cruz; desde el mp3 hasta las sinfonías de Gustav Mahler; desde el sistema de signos braille hasta las novelas de García Márquez; desde la creatividad de los pintores callejeros hasta las obras de El Greco o de Goya; desde el lenguaje coloquial hasta el científico. Es un abanico de colores y una sinfonía de sonidos.

A lo largo de estos meses de tribulación estamos diciendo con frecuencia: “¿Estás bien?” “¡Cuidate!”. Palabras gratificantes que transmiten acogida y cercanía, preocupación y bienestar. Es probable que nunca las hayamos dicho tantas veces.

Sin embargo, hay cosas que las palabras no son capaces de agotar; hay vivencias que rebasan los conceptos y sobrepasan las ideas. Creer en alguien, confiar en alguien o decir “te quiero” son experiencias inefables.

Las teorías y las doctrinas son necesarias para sostenerse en pie y mantener un rumbo, para no pasar la vida metidos en una cueva, según Platón, o para razonar con ideas “claras y distintas”, como afirmaba Descartes. Pero, «¡A nadie le podrás comunicar con la palabra y la doctrina el secreto de lo que has vivido!», decía el *Siddartha* de Herman Hesse.

Aquel monje hindú descubrió que la clave está más en encontrar que en buscar, aun siendo ambas cosas decisivas. «Buscar significa tener un objetivo. Encontrar, sin embargo, significa estar libre, abierto, no necesitar ningún fin», aseguraba Siddartha. Quizás por perseguir un objetivo no vemos a veces las cosas que tenemos a la vista.

Después de muchas vicisitudes, Siddartha comprendió dos sucesos que marcaron su existencia: escuchar la vida de un río y aprender la sabiduría de un barquero.

Hay quienes bajan el río flotando, como los gancharos sobre troncos de madera en *El río que nos lleva* de José Luis Sampedro; hay quienes bajan dando tumbos y pierden poco a poco las aristas, igual que los cantos rodados en *Como el agua que fluye* de Marguerite Yourcenar; y hay

quienes dicen abiertamente, como Bruce Lee, «Tienes que ser como el agua, amigo» (Be water, my friend), o sea, no seas agua estancada, déjala fluir.

Pero también el barquero fue decisivo para Siddartha. Le enseñó a remar y a escuchar al río y a la vida; a ir contra corriente y a no dejarse llevar; a pasar a la otra orilla; a ver muchas más cosas que aguas turbias; a no quedar en la superficie y dirigirse a lo profundo y, también, a recoger lo que sale hacia arriba y va con cada uno hasta la desembocadura.

¡Ay Siddartha, cómo te echo de menos!

MAFALDA

(23 de noviembre de 2020)

Querida Mafalda:

Hace más de dos meses que quería haberte escrito y ya ves... un día por otro... Tampoco lo echarías en falta entre tantos mensajes que estarás recibiendo.

Si te parece bien voy a tutearte, pues no sé utilizar el “vos” tan lindo tu país.

Te escribo porque quería decirte lo mucho que siento la muerte de Joaquín Salvador Lavado, ‘Quino’. Debía de ser como un padre para ti. Tú le has hecho sonreír y llorar y pensar y soñar. No podíais vivir separados. Hacíais buena pareja.

Yo vivo en Asturias, una tierra de mar, montañas y buena gente. Un pequeño paraíso. Lo digo porque es verdad y, también, porque me gusta hacer propaganda y todo eso ¿sabes?

Te vi por primera vez hace casi sesenta años y, luego, otros nueve años seguidos.

Todavía parece que continúas saliendo de la pluma de Quino. Desde entonces guardas silencio. Tengo la impresión de que se te atragantó la sopa que no soportabas. A mí me encanta la sopa, pero obligar a comerla sólo porque lo manda alguien es estúpido –lo decías tú–.

No sé si sabrás que, en 2014, Quino recibió el [Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades](#) y, con ese motivo, hicieron una imagen tuya sentada en un banco del Parque San Francisco de Oviedo. Por cierto, cuando murió Quino hubo quienes te rodearon de flores. Estabas guapa así ¡Je, je!

Por aquí andamos a vueltas con esto del virus. Lo estamos pasando mal. Además, somos muchas las personas con edad avanzada y esto lo complica aún más y, encima, creo que no pensamos bien en lo que hacemos. Se nota cuando nos liamos con cosas como “¡porque me lo van a decir a mí, porque te lo digo yo, porque me van a oír, porque no tienen ni puñetera idea...!” Y así nos luce el pelo.

Parece que estoy viendo a Miguelito, delante de ti, diciendo: «Comprensión y respeto, es lo importante, y sobre todo no creer que uno es mejor que nadie».

A veces me acuerdo de cuando te enfadaste, diciendo: «¡Que paren el mundo, quiero bajarme!», mientras preguntabas a tu papá: «¿Papá, por qué funciona tan mal la humanidad?».

Y después preguntaste a tu mamá: «Mamá, ¿Qué te gustaría ser si vivieras?» –estabas jugando en un columpio–. Ella se quedó de piedra y, entonces, tú dijiste: «Como siempre, apenas uno pone los pies en la tierra se acaba la diversión».

En otra ocasión se presentó en tu casa un señor bien trajeado y con corbata. Abriste la puerta y preguntó: «Buenos días, nena ¿Está el jefe de la familia?» Y tú respondiste: «¡En esta familia no hay jefes, somos una cooperativa!» ¡Plom! Y le cerraste la puerta en las narices.

Una persona importante de tu país, Francisco, ha dicho que deberíamos destruir paredes, dejar de construir muros y «cuidar a los frágiles»: dedicarse a «servir».

Estoy enterado de que por ahí también tenéis problemas con el virus. Es una situación difícil para todos, Mafalda. No tengas miedo. Cuidate y cuida a tus papás, a Miguelito, a Manolito, a Felipe, a Susanita, a Guille, a los que tienes cerca.

Una vez encontraste a Felipe cantando al alto la lleva y tú le diste un beso: «¡jmmchuiiiiiik!!» Pues yo te envío uno igual. Adiós, mi niña. Te quiero mucho.

No hace falta que me contestes.

LO COTIDIANO

(5 de diciembre de 2020)

Érase una vez un niño de tez morena, ojos negros y pelo rizado, que tenía miedo por la noche a los ladrones y se las arreglaba para echar una cuerda desde la mesilla de noche, pasando por la manilla de la puerta de la alcoba, hasta la otra esquina de la cama.

Era una estrategia que daba seguridad porque, de ese modo, al llegar los ladrones, se despertaría y podría defenderse. Nunca lo llevó ningún ladrón.

También le decía con frecuencia a su hermano: «Quiero que me hagas dibujos

con trenes que echen humo y lleven vagones». Y su hermano, aprovechando un encerado de pared que había en un lado de la cocina de su casa –porque había sido escuela muchos años antes– le dibujaba locomotoras de vapor y largas filas de vagones, todos pintados de blanco de tiza blanca. Y el niño contemplaba, absorto, los mundos de ensueño.

Ese niño era yo, más o menos igual que tantos otros niños de aquella época. Bueno, ese niño no ha crecido mucho más y ahora casi no tiene pelo oscuro, ni rizado, ni nada.

Les he contado esas cosas porque en lo sencillo y cotidiano se encuentra lo sublime, incluido el miedo a los ladrones y los trenes de tiza blanca. La vida diaria está llena de gestos y símbolos y, con excesiva frecuencia, no le damos importancia por caer en el error de que lo importante es lo excepcional y lo extraordinario. La hipertrofia del consumo y la información nos hace insensibles a la riqueza de la vida diaria.

Se cuenta un dicho que les dijo Heráclito, hace veintiséis siglos, a unos forasteros que querían ir a verlo. Cuando ya estaban en el umbral de su casa, lo vieron calentándose junto al horno. Ellos se detuvieron sorprendidos porque él, al verlos dudar, los invitó a entrar y sentarse junto al fuego, diciéndoles: «También aquí están presentes los dioses».

Aquellos visitantes esperaban encontrar a Heráclito haciendo cosas sorprendentes, exóticas, y sólo hallaron a un hombre tranquilo, sentado al amor de la lumbre. Buscaban fuera y lejos lo que no eran capaces de ver allí, cerca, en lo que hacía el viejo filósofo.

Justo ahora, en estas fechas de incertidumbre, tenemos una ocasión para recuperar la sencillez de la vida cotidiana, cuyo punto clave es la proximidad, o sea, los ojos que se miran, la mesa que se comparte, las manos que pasan el pan, el mensaje del hijo a la madre, el silencio de los recuerdos, las lágrimas del enfermo...

Lo humano no espera a manifestarse sólo en regiones superiores de carácter metafísico o de sesudas formulaciones científicas. Lo humano está en la sencillez de los gestos cotidianos, donde aprendemos la verdad de cada cosa, de cada tiempo, de cada persona, de cada día.

Necesitamos recuperar el «*carpe diem*» del poeta Horacio, sin precipitarnos ni encerrarnos en nosotros mismos.

Lo humano de cada día, de lo cotidiano, es la mejor repuesta a la nada, al abismo, al desastre. Nos lleva a lo más originario de lo que somos: seres humanos que estamos juntos. Nos va lo mejor de la vida en ello. También ante los virus.

A LOS SANITARIOS DEL MUNDO

(16 de diciembre de 2020)

Llevo caminando a vuestro lado mucho tiempo. Más de la mitad de mi vida. Creo que comprendo vuestros éxitos, dudas y preocupaciones. Sintonizo con facilidad vuestra onda y habéis marcado positivamente mi vida.

Vengo admirando vuestro trabajo desde que os he conocido y desde que comencé a leer, bien pronto, los escritos hipocráticos, ese regalo de tantas experiencias acumuladas y ordenadas. Cuando acabé de leer los *Aforismos* por primera vez, me

dije: ¡Madre mía, esta gente mucho sabía! ¡Hace veinticinco siglos!

Se dice en *Sobre el arte* que «en todo lo que acontece puede encontrarse un porqué». Esa manera de investigar para conocer ha forjado mi manera de ser.

Según los *Preceptos*, hay que «guiarse por completo de los hechos y atenerse a ellos sin reserva, si es que se quiere llegar a conseguir con facilidad esa actitud que llamamos el arte de curar». Pero el toque maestro es cuando dice: «donde hay amor al hombre hay amor al arte».

A principios de la Edad Media, un médico judío, Isaac Judaeus, decía: «Quien se dedica a trabajar con perlas tiene que preocuparse de no destrozar su belleza. Del mismo modo, el que intenta curar un cuerpo humano, la más noble de las criaturas del mundo, debe tratarlo con cuidado y amor». Lo substantivo del arte de sanar y de cuidar, el "ars medica", consiste en mecer la vida con los ojos y las manos, con los oídos y las palabras, prolongaciones de vosotros mismos.

En los últimos meses habéis sido presentados como héroes, pero no os gusta que hablen así de vosotros. Tenéis razón. Ir por ahí de importantes o hacer épica sin ton ni son o pasar la vida enseñando la figura es ridículo.

Sois humanos. Dedicáis vuestro tiempo a humanizar la vida de los demás, incluso a costa de un alto precio. El número de contagiados y fallecidos durante la pandemia lo corrobora. Y todo por cuidar a vuestros pacientes.

Escribonio Largo, médico del emperador romano Claudio, dejó escrito que «los médicos tienen un ánimo lleno de misericordia y humanidad, socorren a todos

en la misma medida y no hacen mal a nadie». La tarea de cuidar es genuinamente humana. Nos cualifica y nos distingue, pero vosotros la profesáis, o sea, forma parte de vuestra profesión.

La medicina no necesita añadidos de humanidad, como si lo humano fuera una capa de barniz que haya que repasar de vez en cuando. La medicina ya es en sí misma una bellísima, eficaz y brillante invención humana. Lo que conviene tener presente es que hay que unir las habilidades y las cualidades, las aptitudes y las actitudes, la ciencia y la sabiduría, el saber hacer y el hacer bien.

Sé que estáis pasando muy malos momentos y que, en ocasiones, os entran ganas de tirar la toalla y de gritar: ¡No puedo más! Me consta. Pero os necesitamos. Tengo la seguridad de decir esto en nombre del mundo mundial. ¡Ánimo!

Lo que cura y cuida son los fármacos de última generación y las incisiones de los bisturíes y, también, la palabra, la mirada, el silencio o el simple tacto de alguien que, cuando la vida se nos agrieta y quedamos postrados, incapaces de mantenernos en pie, –infirmi, infirmus–, ese alguien se arma de cariño y nos dice a cada uno: ¡Ánimo, no temas, estoy aquí contigo! Eso no se ofrece a nadie por educación, ni por cortesía. No. «Brot de la experiencia y del amor», como ha dicho Joseph Brodsky hablando de vosotros. La especialización y la técnica no debería ocultar esa realidad.

Ahora, precisamente, cuando han cesado los aplausos y casi tenemos vértigo de tanto subir y bajar la curva de la pandemia, es una buena ocasión para deciros: ¡Gracias! ¡Gracias por lo que hacéis por nosotros! Es un placer haberos conocido.

NAVIDAD 2020

(19 de diciembre de 2020)

*Eres tan hermosa
para mí
Eres tan hermosa
para mí
¿No lo puedes ver?*

*Eres todo lo que esperaba
Eres todo lo que necesito
Eres tan hermosa para mí.*

*Tanta alegría y felicidad me traes
Tanta alegría y felicidad me traes
Como un sueño
Una luz guía que ilumina en la noche
Un regalo de cielo para mí.*

*Eres tan hermosa para mí.
(You are so beautiful To me)*

Escucho y disfruto esta canción desde hace muchos años. Me gusta la versión de [Joe Cocker](#). La recomiendo.

Cuando la escuchen ustedes, piensen la letra y la música. Dedíquenla a alguien o siéntanla junto a alguien. Interpretenla como les parezca, claro está. Deseo que todos y cada uno encuentren motivos para hacer de la vida algo maravilloso, aun a pesar de los virus que la infectan. Somos frágiles y dependemos unos de otros, en particular los enfermos.

La Navidad es más que celebración y consumo. En el caso de que ustedes no admitieran o no celebraran estas fiestas, aprovechen la situación para decir no al poder de los que pueden sin escrúpulos. Intenten transformar estos días en un

modo de vivir la vida. Y, sobre todo, cúdense, porque es así también como cuidamos a los demás. Yo procuraré hacerlo junto a los que más quiero, incluso aunque no los pudiera abrazar ni besar.

Hoy ha salido esto en plan asesor y consejero, y no me tengo por tal cosa, pero ahora ya no lo voy a cambiar.

«TODA LA VIDA»

(29 de diciembre de 2020)

Estoy mirando por una de las ventanas de mi casa. El cielo está plomizo y gris, como si estuviera de mal humor. Lluve sin cesar. Los árboles de la calle, zarandeados por el viento, sueltan las pocas hojas que les quedan. A punto de acabarse 2020, siento la necesidad de ir más allá de lo que ahora estoy viendo. Les invito a hacerlo conmigo

Vivimos rodeados de lo enormemente pequeño. Un microorganismo se ha llevado por delante 1,5 millones de personas y ha dejado descalabrada la salud de otros 78 millones. El cazador *Dersu Uzala*, de Akira Kurosawa, habría dicho que la Covid-19 es «gente mala»

Vivimos también formando parte de lo enormemente grande, de un cosmos de dimensiones gigantescas donde somos puntos diminutos. Prueben a ver imágenes del [telescopio espacial Hubble](#). Nos sitúa en el sitio que nos corresponde.

Y vivimos en un planeta en el que, a pesar de los pesares, estamos comprobando la fuerza de los vínculos personales, la necesidad del cuidado mutuo y el hecho mismo de seguir vivos. Además, las personas buenas existen. Seguro que todos

conocemos alguna. Esto significa que, sin incluirnos a nosotros mismos –para no dar la nota por chulos– la mitad de la Humanidad, al menos, es «gente buena» como diría en esta ocasión *Dersu Uzala*.

¿Qué estarán haciendo ahora los emigrantes hacinados en la isla de Lesbos? ¿Cuánto tiempo llevarán llorando los niños de Yemen, Siria o Afganistán? ¿Y los migrantes de las caravanas centroamericanas? ¿Y los que vienen en pateras o ni siquiera llegan? ¿Y los que viven en la calle? ¿Y los que se mueren contagiados y solos durante estos meses?

Sigue lloviendo y lloviendo. Parece que las nubes fueran conjuntos de mamas inmensas que se están quedando agotadas de tanto echar agua. Hay varias personas que van y vienen, ateridas de frío, tapadas hasta los ojos, con mascarillas y gorros de invierno.

La vida es un continuo ir y venir, una especie de pasaje de barco en el que navegamos de un lado para otro, unas veces con líneas torcidas y, otras, llevando al viento la bandera de alguna pandemia igual que en el barco donde iban los protagonistas de *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez. Justo antes de finalizar esa novela hay dos personajes que mantienen el siguiente diálogo:

«¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo? - le preguntó.

» Florentino Ariza tenía la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches.

–Toda la vida -dijo».

La respuesta de Florentino Ariza tenía que ver con el hecho de haber encontrado, por fin, siendo ya casi anciano, a la mujer que había sido el amor de su vida.

En cualquier caso, sea lo que fuere «toda la vida», merece la pena pedir que sea bueno y duradero y, si esto pareciera poco probable, tener cerca a alguien a quien cuidar o que nos cuide.

Lo pediremos para 2021.

Y SE FUERON JUNTOS

(12 de enero de 2021)

Era a finales de 1341. Léa, una joven sanadora de la ciudad entró en la casa de cañas y barro y vio en un jergón, mal tapados con trapos sucios, dos niños gemelos con fiebre alta y varios bubones en el cuello y debajo de las axilas. La madre estaba al lado, mirando al suelo y llorando sin ruido, y ayudaba a su marido a cerrar un hatillo. El hombre dijo:

– Ellos no vienen.

– ¿Cómo sois capaces de abandonar a vuestros hijos? –preguntó Léa.

– Si enfermamos nosotros tampoco podríamos hacer nada –respondió el padre.

Y se marcharon sin mirar atrás, igual que hacían muchos otros, pobres y ricos.

Léa pasó un paño húmedo por la frente y el cuerpo de los niños, los colocó en una carretilla que había en el cercado de la casa y los llevó a una sala del Ayuntamiento reservada para contagiados. Antes de llegar, uno de los niños preguntó:

– ¿Y madre? ¿Dónde está madre? –Y empezó a sollozar.

Léa no supo responder. Los cuidó hasta que murieron días después. Todo parecía absurdo.

En otro lugar de la ciudad, Adrien Fleury, un joven médico, llegó a casa de un mercader de lana para atender a su hija. Tenía fiebre, mucha tos y gotitas de sangre en los labios. Adrien sintió cómo se le encogía el corazón al ver al padre de la chica, Jean, con el rostro roto de dolor. Eran amigos desde la infancia, habían estudiado juntos el *trivium* en la escuela urbana y Adrien era el padrino de su hija.

Poco después, en la Calle Mayor encontró a Léa, y le dijo:

– Hay que aislar de inmediato a quienes muestren síntomas de peste. Nadie debería acercarse a ellos salvo nosotros, tapándonos la boca y la nariz.

– Pero de ese modo condenamos a los afectados a morir solos –objetó Léa.

– Si así podemos amortiguar la peste, es un precio que tenemos que pagar.

Y al decir esto tuvo la impresión de que le estaba entrando arena en el corazón.

Las nubes habían bajado buscando el calor de las casas. El suelo era un lodazal de fango y desperdicios malolientes que se filtraba por las rendijas de las puertas. Aquello tampoco ayudaba.

– ¡Ayudadnos! ¡Ayudadnos! –imploraba alguien.

Adrien se volvió. Una mujer lo llamaba. Mientras subía las escaleras de la casa pensó: la enfermedad y la muerte son inoportunas y no tienen sentido del ridículo, pero hay que seguir adelante.

La peste había comenzado a ceder a finales de 1351 y casi había desaparecido a

principios del año siguiente. A Léa y Adrien les parecía que el mundo estaba tan cansado que había dejado de moverse, pero aún querían poner por escrito lo aprendido y lo consiguieron.

Ella era judía y él cristiano. Vivían en una ciudad libre del Condado de Alta Lorena. Su relación era impensable por las ideas dominantes, pero no aceptaban prejuicios. A los judíos, además, se les acusaba de causar la peste.

Caía la tarde. Hacía frío. Mientras tomaban vino con especias, en vasos de barro y a la luz de una antorcha, en un pequeño patio de la casa de Adrien, se dijeron uno al otro:

– La peste se va. Los enfermos están atendidos. Ha llegado la hora de mirar algo por nosotros.

Habían oído hablar de Córdoba, tierra de árabes, judíos y cristianos. Era buena idea. Necesitaban agarrarse a la esperanza en medio de tanta calamidad. Poco después, alguien decidió apagar la luna y se les fue soltando el querer en manos de la noche.

Ante ellos se extendían tiempos de incertidumbre y caminos sin orillas, pero era un futuro común. Podrían conciliar experiencias, culturas y saberes. Donde podrían seguir aprendiendo y ayudando. Y se fueron a vivir juntos.

Nota: El texto anterior es una recreación libre de *La peste del cielo* (D. Wolf, Grijalbo, 2020). La Peste Negra causó más de 30 millones de muertos en Europa.

MOCHILAS Y ABRAZOS

(28 de enero de 2021)

La vida es un don, se mire por donde se mire. Luego, cada cual la dirige –la vive– como quiera o como pueda, pero, a mi modo de ver, es incuestionable que la vida nos la han regalado. Suele representarse a menudo con la imagen de la mochila al hombro, que vamos llenando de “cosas” muy diferentes. En internet hay enlaces para hacer cursos-taller sobre “¿Qué llevamos en la mochila?” por el módico precio de 25 euracos.

Sin embargo, es necesario revisar periódicamente el valor de las “cosas” que llevamos a la espalda. Si la mochila se transforma en un montón de fardos, mal asunto. Y, lo que es peor, a mi juicio: si vivimos obsesionados sólo por el peso que uno puede aguantar –esos malditos “por si acaso” que siempre revientan la maleta de viaje– entonces el camino se convierte en una pesadilla. La vida es para vivirla, no para soportarla, y lo decisivo no es sólo lo que se tiene, sino a quién se tiene.

Pasamos la vida moldeando el tiempo como si fuera plastilina. Ocurre algo así como con los [relojes blandos](#) de Dalí, que se podían colgar doblados en una rama o acoplándose a las esquinas de una mesa. Se dice que el pintor se había inspirado en la textura de los quesos camembert y, también, que quiso simbolizar con ello la relatividad de las “cosas”. Lo cierto es que los minutos pasan inexorables, pero el tiempo se encoge o se alarga al ritmo de las emociones. El tiempo se nos va derritiendo entre los dedos de las manos.

A lo largo de la pandemia «sufrimos el mal de las ausencias», dice Leonardo

Padura. Experimentamos desgajamientos afectivos y sentimos que la vida se nos estruja. Acumulamos cansancio y desasosiego. Usamos “relojes blandos” que nos producen tortícolis, porque tienen las agujas por el calor de la maquinaria.

Cuando «se aflojan los cerrojos de la vida», como dice Lucrecio, nadie está libre de romper o de hundirse o de despreciar la vida. Pero hay un par de “cosas” que conviene tener presentes: una es que nadie, absolutamente nadie, viene a este mundo sólo para sufrir; y otra es que la vida de cada uno depende de la vida de otro. Hay en esto una buena dosis de responsabilidad colectiva familiar, local, regional, nacional, continental y mundial.

Es posible que el abrazo sea uno de los gestos más hermosos que existen. Un abrazo sincero aporta seguridad, paz y bienestar. Nos protege del miedo y del vacío, de la soledad y del frío: nos confirma en la existencia y nos garantiza que alguien está ahí. Ahora, que no nos podemos abrazar, merece la pena recordar lo que decía Luis Eduardo Aute:

*«Abrázame, abrázame
Y arráncame el escalofrío
Abrázame, abrázame
Que me congela este vacío...»*

*» Y como soplan vientos de desguace
Abrázame fuerte, muy fuerte, amor
Hasta que la muerte
Hasta que la muerte
Nos abrace»*

Viajar, pensar, caminar, acompañar... mochilas, “cosas”, abrazos... «hasta que la muerte nos abrace». Ojalá que el vacío y el escalofrío se conviertan en abrazos de ternura, cuando sea.

A UN AMIGO

(17 de febrero de 2021)

«Magnus es, Domine (Grande eres, Señor)». El pasado viernes me dijiste con esas palabras una bellísima oración y un resumen de tu fe: «*Magnus es, Domine*». Son las tres primeras palabras de *Las Confesiones* de San Agustín y han sido algunas de tus últimas palabras después de setenta y tres años de vida.

Habíamos quedado en que te llevaría algo en latín y escogí, intencionadamente, los primeros cinco capítulos del primer libro y las líneas finales del último libro de las *Confesiones*.

Cuando dejé la copia del texto sobre la mesa del salón de tu casa, donde pasaste tanto tiempo sentado hablando y escuchando, rezando y pensando, me dijiste: pómelo aquí cerca porque lo quiero leer despacio. Pero, antes de entregártelo, te leí en voz alta la famosa y profunda frase del primer capítulo de ese libro, que dice: «quia feciste nos ad te, et inquietum cor nostrum, donec requiescat in te (porque nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti)». Y se te llenaron los ojos de lágrimas mientras decías conmigo «...donec requiescat in te (hasta que descanse en ti)».

Hace varias semanas, al finalizar la visita de los viernes, mientras disfrutábamos de tres o cuatro minutos de la música que nos gusta, te puse una breve pieza polifónica de un músico aragonés, Pedro Ruimonte († 1627), que decía así: «Quiero dormir y no puedo / que me quita el amor el sueño». Te impactó mucho. En torno a esas mismas fechas escuchamos juntos *In Paradisum* de Gabriel Fauré («Al

Paraíso te lleven los ángeles...»). Y también te saltaron las lágrimas.

Ya estás allí, Ángel. Ya habrás visto a tus padres y te encontrarás a gusto, sin penas ni llantos, ni fatigas, ni dolores, porque estarás viendo los cielos nuevos y la tierra nueva.

El último día que nos vimos olvidé preguntarte si habías leído las últimas líneas del libro de *Las Confesiones* que te había llevado. Te las voy a leer ahora por si estuvieras escuchando: «Tú, Señor, al ser el bien que no carece de ningún bien, siempre estás en reposo, porque Tú mismo eres tu reposo. Y entender esto, ¿qué ser humano lo concederá al ser humano? ¿Qué ángel a un ángel? ¿Qué ángel al ser humano? A ti se te pida; en ti se busque; a tu puerta se llame: así, Señor, así se recibirá, así se encontrará, así se abrirá. Amén. (Tu autem bonum nullo indigens bono, semper quietus es; quoniam tua quies tu ipse es. Et hoc intelligere quis hominum dabit homini? Quis angelus angelo? quis angelus homini? A te petatur, in te quaeratur, ad te pulsetur: sic, sic accipietur, sic invenietur, sic aperietur (Mt 7, 8). Amen)».

También tú has dicho “amén”, como el santo obispo de Hipona.

Ahora ya lo entiendes todo. Ahora conoces en directo la Verdad y la Vida. Ahora puedes ver el rostro de Dios. Por cierto, Ángel, ¿cómo es el rostro de Dios? ¿Cómo es su rostro? Ahora puedes proclamar con gozo ante Él lo que me decías el pasado viernes: «*Magnus es, Domine*».

Cuando éramos muy jóvenes le dije una vez mi madre a la tuya que cuidaras de mi. Y ya ves lo que son las cosas. Cuida a tu hermana y cuídanos a nosotros. Gra-

cias por todo, amigo. Disfruta del descanso. Seguro que por ahí no hay Covid, así que te envió un fuerte abrazo de parte de todos. Tarde o temprano nos veremos. Nos veremos. Un beso.

EL TÚNEL

(27 de febrero de 2021)

En la Sala de las Turbinas de la galería londinense Tate Modern, el artista polaco Mirosław Balka expuso en 2009 una obra audaz e impactante, denominada [How it is](#), basándose quizá en el título de una novela no menos enigmática de Samuel Beckett.

La obra de Balka consiste en una especie de enorme prisma de acero de 13 metros de alto, 10 de ancho y 30 de largo, apoyada sobre pilastras a dos metros sobre el suelo, y abierto en la parte posterior, desde donde se accede al interior a través de una rampa. Hay algo de luz cuando se comienza a caminar, pero a medida que se avanza hacia el fondo la oscuridad llega a ser total.

Andar por un espacio oscuro provoca desolación y desconfianza. No vemos y no sabemos qué hacer ante lo inesperado. Sentimos temor y desasosiego.

La exposición de Balka representa bastante bien la experiencia de los momentos traumáticos. La pandemia es uno de ellos. Atravesamos un túnel oscuro que nos produce inseguridad por estar atravesando líneas prohibidas. Más aún, la falta de confianza nos lleva a trazar fronteras y a creer que estamos ante extraños a quienes hay que separar o expulsar o alejarse de ellos.

Pero, por suerte, ya hay mucha gente que ha entrado. Seguro que la clave de la cuestión reside en buscar a los otros cuya presencia, aquí, es reconfortante y alentadora molesta ni angustiada. Romper los prejuicios en contra de los demás aporta sentido, tranquilidad y medida.

En medio de espacios oscuros, sin contornos, con la mente y los sentidos bajo cero, la humanidad compartida es un salvavidas: la calidez de la comunión humana es nuestra salvación.

Ante la desorientación que una gran mayoría experimentamos a lo largo de este tiempo, tenemos la certeza de que las personas siguen ahí, cerca, acompañándonos en la oscuridad. A mi modo de ver, la experiencia de ese “mal trago” nos ayuda también a comprender mejor el significado de la compasión. No estamos solos. Estamos juntos.

Tenemos entre manos la gestión del paso por el túnel oscuro viendo en ello no sólo un espacio de conflicto, ni, menos aún, un lugar de separación o de exclusión, sino una oportunidad para desarrollar lo mejor de nuestra condición humana. Merece la pena aprovecharla.

Lo lamentable es el empecinamiento de quienes aseguran que esto es un “coronacirco” o una “plandemia” y que las vacunas “son experimentos sin probar”. La ignorancia es un túnel sin salida.

Resulta peligroso en tales circunstancias andar con la cabeza abajo y los pies arriba, es decir, con la prudencia y el saber por los suelos; y resulta por completo ineficaz caminar hacia atrás, o sea, haciendo todo al revés. Así lo advierte con retranca *El crítico* de Baltasar Gracián.

Pese a tantos errores, se demuestra, una vez más, que lo más valioso del ser humano sigue siendo el propio ser humano, incluso en la oscuridad. No hay duda.

Nota: Miroslaw Balka está exponiendo ahora en el [Centro Botín](#) de Santander.

PARIAS

(19 de marzo de 2021)

En la India son una clase social ignorada. En el mundo son los descartados, los apartados, los que están excluidos de las ventajas sociales porque son inferiores a los demás. Los invisibles. Y así, por ejemplo, millones de seres humanos no dispondrán de vacuna contra la Covid, y no la van a tener por una menudencia, de nada: no la pueden pagar. La solidaridad se escurre cuando no hay dólares.

Estos parias de la pandemia han tenido la mala suerte de vivir en lugares donde sólo hay ruinas y desolación. Viven en *El país de las últimas cosas* y bastante tienen con «poner un pie delante de otro para caminar derecho», dice Paul Auster.

Pero hay más. [Después de diez años continuos de guerra, Siria](#) es, pongamos por caso, uno de los países de “las últimas cosas”, una especie de infierno terrestre donde los niños conviven con el silbido de las balas y las explosiones de las bombas desde que han nacido. Un país literalmente asolado, igual que Yemen, Irak, Somalia, Sudán del Sur, Afganistán...

Entre nosotros hay gente durmiendo en los cajeros –qué perversa ironía–, acudiendo a diario a los bancos de alimentos; cruzando en pateras hacia Europa; haciendo cola para buscar trabajo; pi-

diendo limosna por la calle o a la puerta de los supermercados... Esos son los residuos, los excedentes, los efectos colaterales de la seducción del consumo.

Hay cantidad de gente que está haciendo el *Viaje al fin de la noche* de Louis-Ferdinand Céline: «la miseria es gigantesca, utiliza su cara, como una bayeta, para limpiar las basuras del mundo». Sospechar de ellos como hipotéticos delincuentes es una auténtica fantochada.

Mientras tanto, vemos a varias de sus señorías pelearse por el asunto de las poltronas; comprobamos la reiterada ocurrencia de afirmar que la pandemia es un invento cambiar la sociedad, la cultura y la economía; disfrutamos de diferentes tipos de vacunas y somos capaces de clasificar para ello por grupos a los ciudadanos y hasta de penalizar a quienes se saltan la cola, mientras asistimos al bochornoso espectáculo del mercado mundial de las vacunas.

Y, encima, hablamos de vuelta a “la nueva normalidad”. ¿Normalidad de qué? ¿Normalidad para quiénes?

La pandemia nos obliga a redefinir conceptos, revisar direcciones, reconvertir planteamientos. En todo esto, la cuestión de fondo no reside en el «*ser o no ser*», de Shakespeare. No se trata de lo cada uno “es” con los otros, sino de lo que cada uno “hace” por los otros.

Estamos viviendo una época de la historia en la que podremos decir: «Yo estaba allí», como señalaba Goethe. Somos los protagonistas. El papel que desempeñamos –la tarea de ser personas– no es ninguna farsa metafísica.

Construir un mundo sin parias es posible. Hay muchísimas personas que lo están

haciendo sin llamar la atención y cada cual puede sumarse de algún modo a ese gran proyecto. ¿Es mucho pedir?

SUSURROS Y BESOS

(31 de marzo de 2021)

Hace unos cuantos días que no puedo hablar. Ni gota. Me parezco a un instrumento de cuerdas sin cuerdas o a uno de viento sin lengüeta. Lo que sí puedo hacer es susurrar o musitar.

Me gusta mucho el primer verbo. Me recuerda a Robert Redford, que “susurraba” a los caballos en una película, algo así como si fuera su “encantador”, y a Mandelstam, un poeta ruso de origen judío-polaco que murió malamente en un gulag de Siberia.

Los maestros utilizan el susurro para ayudar a los niños a desarrollar actividades lectoras. Hay teléfonos susurrantes (whisper phone), en forma de juguetes o audífonos, para que los niños puedan pasar con facilidad las páginas mientras leen susurrando.

Hay incluso alguna empresa –dedicada a vender pollo frito, por cierto– que garantiza la fiabilidad del susurro. Es un dispositivo que permite pasar información clasificada entre amigos; fácil de utilizar y cómodo para llevar; no necesita wifi, ni cargador, ni baterías. Ideal para sortear virus, o sea, para conectarse sin tocarse. Bueno, en realidad, yo lo utilizaba ya cuando era niño: dos vasos de cartón, unidos por una cuerda de un par metros, uno para hablar y otro para escuchar.

Comunicarse sin estridencias, sin hacer ruido, es una actividad gratificante, pero

no podemos reducirlo todo a susurros, porque estaríamos continuamente bajo decibelios, en una especie de permanente runrún agotador y deprimente, aunque es mucho peor aún utilizarlo para emponzoñar la vida social. Hay quienes se dedican a vivir de eso de manera impúdica.

Así que, para dejar algo de buen gusto, permítanme ustedes volver a Osip Mandelstam (†1938), que tenía la costumbre de caminar susurrando para encontrar la musicalidad de sus versos:

*«Toma de mis manos, para alegrarte,
Un poco de miel y un poco de sol ...*

*Ahora sólo nos quedan besos
Secos y espinosos como abejas ...
Alimentadas con madreSelva, tiempo, menta
...
Que convirtieron la miel en sol».*

Atravesamos una época en la que escasean los besos. El virus pasará. Los besos quedarán. Son susurros del día a día –a veces “secos y espinosos” –, pero suavizan las desgracias, llenan los vacíos, curan el pasado, compensan el sufrimiento, confirman el cariño, nos humanizan.

... madreSelva, tiempo, menta un poco de miel y un poco de sol...

... susurros... besos...

No hay ruidos en casa. Sólo música de fondo. En una esquina de la mesa tengo un sombrero que me está sonriendo.

LA PARTIDA

(11 de abril de 2021)

Había una vez un pueblo que tenía dos lados. Cuando los vecinos de un lado pasaban al otro lado, decían: “vamos al otro lado”. Y los del otro lado decían: “vamos al otro lado”. Parecía sencillo. Eso sí, no paraban ni un momento y, además, cada uno llevaba una mochila donde se podía leer: ¡Ojo con el virus! ¡Guarde la distancia! ¡Utilice mascarilla FFP2!

Hacía años que la comarca se encontraba en estado de alarma y el pueblo llevaba varios meses con cierre perimetral, pero allí nadie se detenía por nada. Bueno, mejor dicho, disponían de un anfiteatro para leer y deliberar, porque la gente de entonces leía y deliberaba mucho.

El caso es que de tanto salir y entrar e ir y venir, perdieron la noción del tiempo, confundieron los días y las noches, trastocaron las horas y los minutos, olvidaron los puntos cardinales y terminaron deslavazados, descompuestos y desordenados de tanto andar de la Ceca a la Meca sin ton ni son.

La magnitud del despiste llegó a ser de tal calibre que el alcalde del pueblo, una vez asesorado, decidió colocar en el escenario del anfiteatro un gran letrado con un texto que decía lo siguiente:

La partida

Ordené que trajeran mi caballo del establo. El sirviente no entendió mis órdenes. Así que fui al establo yo mismo, le puse silla a mi caballo, y lo monté. A la distancia escuché el sonido de una trompeta, y le pregunté al sirviente qué significaba. Él no sabía nada, y escuchó nada. En el portal me detuvo y preguntó: "¿A dónde va

el patrón?" "No lo sé", le dije, "simplemente fuera de aquí, simplemente fuera de aquí. Fuera de aquí, nada más, es la única manera en que puedo alcanzar mi meta". "¿Así que usted conoce su meta?", preguntó. "Sí", repliqué, "te lo acabo de decir. Fuera de aquí, esa es mi meta".

Firmado: Franz Kafka

El alcalde convocó seguidamente reunión general. No faltaba ni uno. Todos aguardaban, cabizbajos, con cara de meditación, porque la gente también meditaba mucho por aquella época. Al finalizar la lectura el pregonero oficial, tomó la palabra el alcalde y dijo a voz en grito: “Lo tengo claro”. Y los demás respondieron en forma coral, diciendo: “lo tenemos claro”, mientras asentían moviendo la cabeza durante un buen rato. Se levantaron, se miraron y reiniciaron las idas y venidas de un lado a otro.

La verdad es que todo seguía siendo igual menos un par de cosas: ahora, cuando se saludaban, en vez de decir “buenas tardes”, por ejemplo, decían: “Kafka”. Y cuando se preguntaban de dónde venían o a dónde iban, señalaban un punto imaginario, diciendo: “la partida”.

El último que se levantó después de la lectura fue el más anciano de todos. Miró primero al suelo, sin decir nada y, luego, elevando sus manos, temblorosas, miró el texto del letrado y refunfuñó: ¡A mis años con estas historias! ¿De dónde habrá salido ese Kafka?

Al salir del anfiteatro se detuvo en una tienda donde le pusieron una vacuna contra el virus. Después, mientras se bajaba la manga de la camisa, continuó renqueando y, a medida que avanzaba hacia el otro lado iban apareciendo más y

más letreros que decían: Kafka, Kafka... la partida, la partida...

El anciano se sentó y volvió a decir: ¿Quién sería ese dichoso Kafka?

EL TIEMPO

(24 de abril de 2021)

He pasado muchos veranos de mi infancia en un pueblo agazapado en la suave ladera de una montaña, dedicado a las labores del campo, en la casa de mis familiares. Allí la gente era normal y sencilla y tratábamos a las personas mayores de “tíos” o “tías”, pero no en el sentido de tío o tía o tronco o colega o peña o nano al uso actual, sino como el modo de indicar veneración y respeto: tía Benilde, tía Edelmira, tío Pedro, tío Eladio...

Mi tío Eladio, un sabio de la naturaleza, me enseñó en la luz del ocaso el vuelo mágico de la lechuza, el rumor del río, la silueta de los murciélagos, el sonido hipnótico de los grillos que salía de entre los rastrojos del trigo y del centeno...

En cierta ocasión, tuve la mala fortuna de acertar con una piedra en el centro de un avispero, mientras guardaba el ganado. La mayoría de las avispas se dispersaron, pero dos de ellas me abrazaron. Aún es hoy el día en que me levanto como un resorte, dejando plantado a quien esté conmigo, si veo a una avispa revolotear a mi alrededor.

He podido contemplar, durante aquellos veranos, por las noches, la rendija de luz que veía por debajo de la puerta de mi cuarto. Aquella línea de luz no me producía desasosiego ni incertidumbre, como al pequeño Marcel Proust. Yo podía oír

los pasos de mi madre, que abría con sigilo la puerta, solía recostarse a mi lado, me hacía una caricia y preguntaba: ¿Cómo has pasado el día? ¿Cuántas cosas aprendiste hoy? Y yo me iba durmiendo.

Muchos años después, me enfrenté a la lectura de *En busca del tiempo perdido* y pude sobrevivir —la verdad es que Marcel Proust se pasó un pelillo con el número de páginas—, pero ahora que vuelvo a releerlo y voy a tiro fijo, con mis antiguas notas, caigo en la cuenta de que el tiempo “perdido” en el tiempo se puede evocar de múltiples maneras.

El tiempo pasado deja huellas, certezas, preguntas, y, sobre todo, personas, a veces agigantadas con el paso de los años, pero el tiempo pasado nunca es tiempo perdido. Es tiempo vivido que podemos rescatar para tener luz.

La pandemia ha cambiado nuestra manera de vivir, o sea, nuestros hábitos y costumbres, y ha transformado nuestro modo de entender la vida, es decir, los valores que la sostienen, las ideas que la dirigen y el tiempo que la va esculpiendo poco a poco.

Lo que ahora veo, pero no comparto, es que haya grupos políticos empeñados en demostrar que jamás hay que admitir los comportamientos, opiniones e ideas distintas de las propias y que se puede uno reír de los demás y, encima, escupirles en la cara. Consiguen exasperar los ánimos hasta el punto de hacer perder el sentido de la justicia.

Si usted, lector, cree en la paz social, en la tolerancia y en la no discriminación, si cree en los valores democráticos, tiene un grave problema. Y para ello da lo mismo que viva en Oviedo, Sevilla o

Fuengirola. Y si no se aísla a esos grupos en las votaciones autonómicas o generales, entonces podríamos dejar a nuestros hijos una sociedad caótica.

Así que, en esto del tiempo, como decía Henry D. Thoreau, el autor de *Walden o La Vida en los Bosques*, la cuestión de «estar ocupado no es suficiente... la cuestión es en qué estamos ocupados». Salta a la vista ¿no es así? Yo creo que lo ven hasta los ciegos.

Por eso el tiempo vivido en aquel pueblo de montaña me dejó grabados tipos como el tío Eladio y mujeres como la tía Benilde, que era mi madre, por cierto. Y con eso lo digo todo.

EL CABREO

(7 de mayo de 2021)

Una antigua amiga me ha dicho que cuando salgo a la calle siempre me pasan cosas raras y va a ser verdad. Pues, miren ustedes: me ocurrieron hace bien poco un par de cosas que me cabrearon.

Me encontraba un día haciendo un alto en el camino mientras tomaba un café al aire libre. En la mesa de al lado, una señora estaba diciéndole a su perro: «Tranquilo. Es un negro y pronto va a pasar». Yo me giré para ver aquel tipo de perro que desconocía el technicolor y, cuál no sería mi sorpresa, cuando veo pasar a un chico de raza negra justo en el momento en que la señora vuelve a decir al perro: «¿No ves? Ya pasó. No tengas miedo». Y sentí mucho cabreo.

Otro día, acompañando a mi hermano mayor, anciano, después de una revisión médica, estábamos aguardando a que

llegara algún taxi para volver a casa, cuando pude ver a dos de sus compañeros que se acercaban. El uno ni siquiera le miró, y el otro, situado en el rango más alto de la jerarquía –no le pongo título porque me da vergüenza ajena– se acercó a él y le dijo que también venía del médico porque solía «llevar mucho peso al hombro». A mí se me ocurrió decir: «Pues nosotros aquí estamos esperando a ver si llega algún taxi».

Y, sin más ni más, se marcharon y nos dejaron allí plantados como “los lunes al sol”, mientras se dirigían a su coche para ir al mismo lugar donde reside mi hermano, que me preguntó: «¿Quiénes eran esos?». Se lo dije y aparecieron lágrimas en sus ojos. Y, entonces, me sentí muy, pero que muy cabreado.

El cabreo, entendido como acción y efecto de cabrear, tiene un primer significado que se puede aplicar con sorna a esos dos casos: meter ganado cabrío en un terreno. Pero el significado más común se refiere a enfadar o poner de mal humor a alguien, como a mí me ocurrió al contemplar estupefacto tales conductas absurdas e indignantes: estigmatizar a alguien por el color de su piel o menospreciar a alguien al que se puede ayudar.

A lo largo de mi vida también yo he causado sufrimiento a otros con mis decisiones. Es probable que les haya “cabreado” y me arrepiento. Ahora sólo puedo intentar no repetirlo. Pero que, delante de mis propias narices, haya gente que pone a un muchacho negro a la altura de un perro, o menosprecie al propio hermano dejándole tirado, es algo que te empuja a ver todo lleno de cabras a tu alrededor y a sentir cómo la irritación te va subiendo

hacia arriba, hacia arriba, hasta dejarte la cara como un pimiento rojo.

A propósito, creo que estamos pasando ahora por una etapa de cabreo generalizado. Cada cual es libre para interpretarlo con guasa, ironía, burla o seriedad, aplicándolo a la situación actual. ¡Cuántas cosas habría dicho hoy [Michel Foucault](#) para inquietarnos la conciencia!

El cabreo permanente es inútil y nocivo para la higiene mental y la salud cardíaca, pero alguna dosis de cabreo, de vez en cuando, viene bien para mantenerse alerta, reaccionar y vivir día a día.

En cualquier caso, dejo este enlace por si fuera de utilidad: para [controlar el enfado antes de que el enfado le controle a usted](#), y conste que en esa clínica no tengo intereses.

¡GRACIAS, LUNA REYES!

(21 de mayo de 2021)

Somos muchos, muchísimos más. No hay duda. Y, por esa razón, entre otras, es necesario decirlo y no callarlo: ¡Gracias, Luna Reyes! Gracias por mostrar en la playa de Ceuta el lado más humano que llevamos dentro y porque es más positivo resaltar antes lo bueno que lo malo.

Sabemos del chico inmigrante lo que nos tú nos has dicho: venía de Senegal, hablaba en francés, lloraba sin parar, estaba lleno de arena y te abrazaba como si tuviera miedo de quedarse solo en el mundo, sin lazos humanos. Le diste agua y un abrazo: [«Solo le di un abrazo»](#).

A ti te hemos identificado más por lo positivo: tu madre es ceutí, tú eres de

Móstoles y estudiante, vives con unas compañeras y realizas prácticas en la Cruz Roja. A él lo hemos conocido más por lo que no es y no tiene: no es blanco, no es europeo, no tiene papeles ni dinero y le hemos perdido incluso la pista porque lo han devuelto a Marruecos, o sea, es nadie, no cuenta.

Nos dejaste una imagen cargada de belleza y de empatía. Contemplar el abrazo entre dos seres humanos es hermoso, pero abrazar a alguien tan vulnerable produce una fuerte sensación de belleza, ternura y compasión activa. Es algo que revela lo mejor de la condición humana.

Benditos tus 20 años, Luna. Nos has recordado a todos, en pocos segundos, cómo deberíamos actuar ante cualquier persona que sufre. Lo que tú hiciste deberíamos hacerlo todos.

Pero por hacer lo que hiciste han querido destrozarte tu vida.

Negarse a aceptar y convivir con los diferentes es una lacra pestífera y dejar tirado a quien necesita ayuda es una grave decadencia moral. Ir por ese camino supone un craso error y sólo trae consigo ruinas de todo tipo. Está en manos de todos corregir tal dirección.

Lamento el acoso que has sufrido, espero que lo hayas superado y te encuentres mejor. No olvides que hay muchísima gente como tú que llena la vida diaria con gestos como los tuyos. Has dado el mejor argumento para convencerse de que la humanidad avanza y progresa.

Tal y como suele ser costumbre en este sitio, recordé palabras de un antiguo escritor griego: «... vale la pena gastar el tiempo en llorar... cuando uno espera que hará llorar con él a quienes lo escu-

chan». Eso lo decía Esquilo. Estos días, me sucedió algo parecido al ver las imágenes y me consta que les ha ocurrido lo mismo a muchas otras personas.

Casi seguro de que no te acercarás a este pequeño rincón desde donde escribo, pero, por si acaso, quiero decirte que me acuerdo de ti y te agradezco la naturalidad con que has actuado, la misma con la que has respondido entre sollozos a las entrevistas que te han hecho.

Gracias una vez más, Luna. Muchas gracias. No dejes de ser como eres, por favor. Por eso precisamente hay que decirlo, no callarlo, para que no sólo se oiga el ruido de los que alborotan, para que no triunfe jamás ningún discurso de odio ni de rechazo al pobre.

Un abrazo virtual de un jubilado. Cuídate, que los tiempos siguen siendo flacos.

A MI HERMANO (12 de junio de 2021)

El pasado jueves me dijiste: «Me voy a ir», mientras hacías con tu mano derecha el gesto de marchar. Yo añadí: «Es un buen viaje». Y tú matizaste: «quizá sea el mejor viaje».

Has vivido tu muerte con tal naturalidad y hondura, con tal alegría y agradecimiento, que he tenido el placer de haber sido testigo directo de tu paso, de tu Pascua, porque la vida no termina, se transforma. Para quien tenga fe, los versos del Salmo 22 revisten un significado especial. Era emocionante recitarlo juntos:

*«El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
Me conduce hacia fuentes tranquilas*

...
*Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.»*

Estabas bien informado de tu situación y eras consciente de lo que sucedía. Tú, que has sido una persona de carácter inquieto, nervioso, has transmitido estos días una tranquilidad, un sosiego y una paz, difíciles de explicar con palabras. Para mí ha sido una experiencia tan gratificante como impactante, en particular a partir de nuestra larga conversación acerca de las cosas últimas de la vida.

La preferencia de tus recuerdos iba dirigida a mamá y a papá, a Burundi y a Sito, nuestro hermano mayor. Pero la figura que concentraba la atención era nuestra madre Benilde. Ella ha sido, sin discusión alguna, la primera de la familia por sabiduría, madurez y calidad humana. Me acordé mucho de ella el día que te acompañé a Urgencias, hace ahora dos semanas, y como allí tenía tiempo de sobra para leer, fui a la búsqueda de un poema de Francisco Brines –[Premio Cervantes 2020](#)–, triste, profundo, con retazos de esperanza sobre el beso a una madre difunta, que dice así:

*«Donde muere la muerte,
porque en la vida
tiene tan sólo su existencia.
En ese punto oscuro de la nada
que nace en el cerebro,
cuando se acaba el aire
que acariciaba el labio,
ahora que la ceniza, como un cielo llagado,
penetra en las costillas con silencio y dolor,
y un pañuelo mojado
por las lágrimas se agita
hacia lo negro.
Beso tu carne aún tibia.
Fuera del hospital, como si fuera yo,*

*Recogido en tus brazos,
un niño de pañales mira caer la luz,
sonríe, grita, y ya le hechiza el mundo,
que habrá de abandonarle.
Madre, devuélveme mi beso.»*

Recuerdo como si fuese ahora mismo, cuando murió mamá, que, mientras la mirábamos muerta, me dijiste una de tus frases lapidarias: «Oye Tino, mamá ya no habla». Y en aquel momento le dimos un beso, un beso en su carne aún tibia, como en el poema. Tiene que haber algo más allá de la muerte, desde luego, porque esos besos son eternos.

Gracias por todo hermano: por la relación que hemos vivido estos últimos veinte años; por ser como eras; por haber repartido tantos bienes a tu alrededor. Diles a los de casa que nos cuiden y nos guíen. Lo necesitamos.

Y gracias a todos vosotros por la presencia, que pone de manifiesto el respeto y el cariño que os merecía mi hermano Yayo y, de alguna manera, nuestra familia, incluida nuestra cuñada-hermana Purita. Lo mismo cabe decir de cuantas personas nos han hecho llegar por otros medios su cariño. Muchas gracias.

Así que ya sabes, mamá: devuélvele a Yayo su beso y guárdame el mío.

Adiós, hermano. Adiós. Nos veremos.

LOS NOMBRES

(29 de junio de 2021)

El nombre se refiere a alguien, no al qué, sino al quién, al «ser humano concreto de carne y hueso», como decía Miguel de Unamuno en *Del sentido trágico de la*

vida. En sentido estricto, no nombramos cosas, nombramos personas. Incluso cuando ponemos a personas nombres de cosas (alba, luna, cruz...) transformamos esos nombres poniéndoles un rostro. La vida es un recorrido, más o menos largo, donde vamos hilvanando y tejiendo redes de rostros, de nombres.

Ponemos un rostro a un nombre quizá porque es lo distintivo de la persona o por aquello de que “el rostro es el espejo del alma”, aun sabiendo que el lenguaje facial suele ser tan enigmático. Por eso hay rostros que, sin saber bien por qué, nos transmiten desconfianza e inquietud y rostros ante los que sentimos tranquilidad y bienestar.

El nombre propio nos lo ponen cuando nacemos. Lo recibimos. Es el primer hogar que nos dan, el primer abrigo que nos protege. Antes del nombre no estábamos, no existíamos. Nada hemos hecho para vivirlo o malvivirlo. Nos lo han regalado. Es un don. Lo que hagamos con ello es otro asunto diferente.

Además, cuando pronuncian nuestro nombre, cuando nos llaman, nos hacemos presentes y decimos “yo”. Siempre hay alguien antes que yo, otros antes que nosotros. Nos llaman y respondemos, escuchamos y nos hacemos oyentes, nos encontramos y hablamos.

Es curioso que la secuencia de la vida sea recibir, llamar y responder. La conjugación de esos verbos es el arte de saber vivir bien. Lo que pasa es que lo hacemos a la intemperie y con frecuencia nos caen chuzos de punta que nos taladran. Solemos convivir con heridas y cicatrices.

Hoy cada vez es más frecuente sustituir nombres por números y códigos. Es im-

prescindible para proteger la intimidad personal. Sin embargo, hay también una tendencia generalizada a reducir los nombres a cifras, algoritmos y big data. Estamos todos afectados por lo mismo.

Por eso interesa recordar que eliminar o borrar nombres es exactamente lo mismo que borrar o eliminar personas. A lo largo de la historia, los escenarios del horror van en esa misma dirección: primero sustituir nombres por números, luego borrar los números y, en ocasiones, conseguir que alguien termine sin nombre y sin pronombre, que no sea capaz de decir “yo”, es decir, ser nadie. Es la forma de aniquilación suprema, lo más inhumano con diferencia.

En mi caso, decir Benilde, Constante, Sito, Yayo... es lo mismo que decir los nombres de quienes me dieron mi nombre. Eran mis padres y mis hermanos. Ya no viven. Perduran no tanto porque explican cosas, sino porque guían, acompañan. Ha habido más nombres y ahora hay otros, decisivos, como los de mi esposa, mis hijos, mis amigos. Son los nombres de rostros que han venido tejiendo la red de mi vida, que me han ido colocando las señales del camino.

*«Al final del camino me dirán:
– ¿Has vivido? ¿Has amado?
Y yo, sin decir nada,
abriré el corazón lleno de nombres.»*
(Pedro Casaldáliga)

A mí me gustaría que fuera así: una trenza de nombres. ¿Y a ustedes?

LAS HERIDAS

(14 de julio de 2021)

La letra de un villancico al que puso música Francisco Guerrero (†1599) dice así: «Niño Dios d'amor herido, / tan presto os enamoráis, / que apenas havéis nascido / quando d'amores lloráis.»

Por esas mismas fechas, Juan de la Cruz (†1591) escribió los siguientes versos: «¿Adónde te escondiste, / Amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste, / habiéndome herido; / salí tras ti clamando, y eras ido.»

También hemos oído cantar este poema de Miguel Hernández (†1945):

*«Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.»*

*» Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.»*

*» Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.»*

Estas heridas se parecen a los surcos que hace el labrador en la tierra con el arado. Son incisiones, más o menos largas y profundas, donde damos continuas respuestas a lo que nos desborda; donde caen semillas que generan sueños, proyectos y culturas; donde se van formando nuestras arrugas y cicatrices.

Nada tienen que ver con la sinrazón del mal y del sufrimiento contra los que hay

que luchar sin tregua. El dolorismo es irracional e insensato.

Las heridas necesitan dedicación y atención permanente. Ponen de relieve que necesitamos siempre a alguien que nos acoja y nos escuche o, dicho de otro modo, demuestran que tenemos una necesidad insaciable de consuelo, de descanso y alivio, de cercanía y ternura.

Lloramos «d'amores» ya desde recién nacidos, igual que el "Niño" de Francisco Guerrero. Abrimos los brazos y las manos hacia delante buscando lo que más deseamos, como decía Juan de la Cruz: «... salí tras ti clamando, y eras ido». Y con las "tres heridas" de Miguel Hernández intuimos que la herida del amor, como un surco interminable, va más allá de la muerte.

Por eso este tipo de heridas no nos deshacen. Nos hacen humanos, porque nos reclaman una atención inmensa y un cuidado infinito.

Merece la pena seguir en este empeño. Así lo veo yo, al menos.

A MI NIETO

(21 de julio de 2021)

Te vi por primera vez cuando medías 14 mm. Después pude observarte por medio de un ecógrafo, escuchar los latidos de tu corazón y mirar cómo bostezabas en el vientre de tu madre. Y ahora ya estás aquí en esta otra casa que te iremos haciendo entre todos.

Me dijeron que al principio tenías algo de prisa, pero, luego, te retrasaste un poco. A mí me parece que lo que pasó fue que

te dedicaste a "cucar" por algún agujerín para ver lo que había fuera y, al comprobar el panorama, dijiste: "¡Uf! ¡Cómo está esto! Yo no salgo."

Tengo muchísimas ganas de estar contigo, aunque sólo sea para contemplarte en silencio. Me imagino a tu lado viéndote descubrir el mundo, sonriendo con tus zalamerías o admirando tu asombro ante la vida. Me gustaría contarte tantas y tantas cosas... A veces pienso que no voy a tener tiempo suficiente y entonces siento tristeza, nostalgia.

Eres el mejor regalo que he recibido en mi vida; el oxígeno que permite respirar; el pequeño universo por el que podré viajar día y noche; la fuente que llenará mi casa de color y de sonidos diferentes. Eres quien mejor puede garantizar los motivos y las razones para continuar viviendo. Eres como un Fa Mayor, el acorde final del [Nocturno Nº 10 de Frederic Chopin](#) –bueno, ya te diré cosas de este señor– un acorde que suena claro, brillante, rotundo, lleno de expectativas.

Estaré orgulloso cuando des tus primeros pasos y digas tus primeras palabras o cuando señales las cosas con los dedos, igual que hacían los habitantes de Macondo de García Márquez –ya te hablaré también de este señor–.

Te protegeré con mi debilidad, te abrazaré con mis escasas fuerzas, te besaré con mis labios temblorosos, te arroparé para verte dormir. Y pensaré en tí.

Quiero transmitirte, sobre todo y por encima de todo, paz y seguridad cuando te cojas de mi mano, cuando te estreche contra mi pecho, cuando te acurruque entre mis brazos.

Escalarás mi cuerpo muchas veces; tirarás de mis gafas y de los pocos pelos que me quedan; babearás mi cara, vendrás a dormir a mi cama, llenarás mi habitación de los sugerentes perfumes de tus dodontis; conseguirás tirarme al suelo y te levantarás cientos de veces mientras yo intentaré levantarme una sola vez. En resumen, te vas a hacer mi dueño, mi dulce y pequeño dueño.

Ahora sólo queda “abuelear”, como me ha dicho hoy uno de mis mejores amigos. Y, de paso, llevar un caldero colgado del cuello para ir echando mis propios babeos. La dificultad es que padezco de cervicales y algunos problemas de espalda. A ver cómo lo puedo solucionar.

Olvidaba decirte que eres el niño más guapo del mundo entero, el más guapo con diferencia y sin duda alguna. Es imposible que haya en este planeta una criatura tan linda como tú. Te lo digo yo que soy tu abuelo o, mejor dicho, porque soy tu abuelo.

Creo que es propio de los abuelos mostrar que cada bebé es un tesoro incalculable, un valor irrepetible, único e intransferible, un futuro hecho realidad, una esperanza, una persona. A los abuelos nos toca apostar por la humanidad de sus nietos.

A estas alturas ya no pido más. Así que «Gracias a la vida que me ha dado tanto...» –no olvides preguntarme alguna vez por la autora de esta letra– Si te gusta te la cantaré cuando quieras.

Te queda un largo trayecto por recorrer. Deseo que te suceda lo mejor y te quedes con lo bueno. Ojalá algún día puedas escribir a tu nieto una dedicatoria mucho más hermosa que ésta.

Cuídate mucho. “Te quiero, te cariño y te beso”, como me decía tu madre de niña.

Acaba de decir una amiga de la abuela, mi esposa, que “un nieto es un ataque profundo de amor”. Eso es.

AGOSTO

(7 de agosto de 2021)

Entra aire fresco por la ventana abierta. Me asomo a mirar. Comienza a anochecer. Fuera, en la calle, la temperatura es excelente. En Asturias, mi tierra, recostada entre la mar y la montaña, se disfruta de un verano templado y suave. Tan suave y templado que, este año, apenas hemos visto el sol. En cualquier caso, el eslogan [“Vuelve al Paraíso”](#) le viene como un guante.

Agosto lleva el nombre del emperador romano Octavio Augusto. Se dice que alteró la duración de varios meses, quitando y poniendo días, hasta lograr que “su” mes tuviera 31 días, quizá por aquello de no ser menos que el mes anterior con el nombre de Julio César.

Es un mes plagado de fiestas, romerías, mercados tradicionales, conciertos y competiciones deportivas. Supongo que sea así en otros lugares, pero, en fin, a lo que vamos: si usted nos hace una visita –en realidad, no sé a qué está esperando–, cumpliendo los requisitos de seguridad y protección habituales en este tiempo, busque información en [“Fiestas en Asturias”](#).

También he visto que se celebran “días mundiales” de lo más variopinto: día de la alegría (1 de agosto), día de la cerveza (6 de agosto), día de los zurdos (13 de

agosto), día del peatón (17 de agosto), día de la asistencia humanitaria (19 de agosto), día del internauta (23 de agosto), día del tiburón ballena (30 de agosto), día de la solidaridad (31 de agosto).

Durante este mes de agosto de 2021, la Comisión Central de Explotación del Acueducto Tajo-Segura ha autorizado el trasvase de 14 hm³ desde los embalses de Entrepeñas-Buendía. 7,5 hm³ se destinarán a abastecimientos urbanos y 6,5 hm³ para regadío.

Sigo echando la vista atrás y veo que la Covid-19 es la tercera causa de muerte a nivel mundial (cerca de 4,5 millones), precedida por el accidente cerebrovascular (más de 6 millones) y la cardiopatía isquémica (casi 9 millones). Parece que no están ahí, quizá porque aún no nos afectan de manera directa, pero están y convivimos a diario con ellas.

Nos ha tocado vivir una tragedia que ha impactado todos los ámbitos de la vida. En estos momentos, tan equivocado sería mantener sine die la angustia y el desconcierto respecto a la pandemia como pensar que ya no existe o que no hay peligro. Creo que estamos en un escenario diferente, en otra fase de la pandemia: la de aprender a convivir con ella.

Una de mis experiencias personales más gratas y sencillas, precisamente en agosto, la viví junto al lago Enol, en la montaña de Covadonga. Era yo muy joven. Caía la tarde, bajaba la niebla y sólo se oía el chapoteo del agua contra la orilla. Y de allá lejos, no sabía de dónde, llegó el sonido nítido de una gaita tocando una tonada asturiana. Aún es ahora el momento en que me estremezco y se me pone la piel de gallina. Fueron instantes sublimes, inolvidables.

Por aquel entonces aún no conocía el poema “Asturias”, de Pedro Garfias Zurita, al que luego se puso una música que representa el sentimiento asturiano:

«Asturias, si yo pudiera,
si yo supiera cantarte...»

Les invito a compartirla conmigo [aquí](#).

¡Buen mes de agosto!

EL OLVIDO QUE SEREMOS

(24 de agosto de 2021)

Lo asesinaron el 25 de agosto de 1987. En uno de sus bolsillos llevaba una lista con los amenazados de muerte y la copia de su puño y letra de un poema atribuido a Borges. El primer verso del poema, titulado Aquí. Hoy, dice así: «Ya somos el olvido que seremos».

Héctor Abad Gómez (1921-1987), colombiano de pura cepa, fue muchas cosas, pero, sobre todo, fue padre, médico y luchador por los derechos humanos.

Lo adoraban sus hijos a los que apretujaba y cubría de besos siempre que tenía ocasión. Estaba convencido de que el mejor método de educación es la felicidad: «Si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz ... mimar a los hijos es el mejor sistema educativo ... la única receta para poder soportar lo dura que es la vida al cabo de los años, es haber recibido en la infancia mucho amor de los padres».

Era un médico respetado y admirado —y envidiado—, que soñaba con ser sanador de la *polis*, “poliatra”, como él mismo decía, comprometido a intervenir en las causas más profundas de la salud pública

y entregado al cuidado de los que más sufrían con sus particulares dolencias personales, económicas o familiares.

Reivindicaba los mismos derechos para todos, empezando por los más pobres, lo que le llevó a convertirse en un incordio para quienes se sentían señalados por su denuncia. Cayó víctima de la epidemia más pestífera que puede padecer una sociedad: la eliminación de “cerebros” o de cualquiera que moleste.

Este tipo de virus sólo se puede superar con amor, sabiduría y bondad, tres dosis de una vacuna universal: humanidad.

En Medellín (Colombia) hay una Institución Educativa Héctor Abad Gómez: [“Educación en valores humanos”](#).

Héctor Abad Faciolince, su hijo, que quería a su padre con un amor que nunca volvió a sentir hasta que nacieron sus propios hijos, publicó un libro póstumo suyo, Manual de la tolerancia, donde dice cosas como las siguientes:

«Las grandes revoluciones se hacen primero en la conciencia de los hombres.

» El racismo es un síntoma de intolerancia, de temor y defensa de lo que es diferente.

» El mero conocimiento no es sabiduría. La sabiduría sola tampoco basta. Son necesarias la sabiduría y la bondad para enseñar y gobernar a los hombres».

La mayoría de nosotros, al cabo de unos años, si hay salud y suerte, vamos a ser un recuerdo de quienes nos aman. Visto desde esta perspectiva, como el tiempo vivido es tan corto, ya vamos siendo, poco a poco, el olvido que seremos.

Parafraseando un texto del poeta Gregorio Gutiérrez González (†1857), podríamos aplicar a Héctor Abad Gómez la ima-

gen del cocuyo tropical –la luciérnaga– que, huyendo de la luz, la lleva consigo para alumbrar en la noche.

Es esa una bella imagen para caer en la cuenta de que la tarea de fijarse metas distingue a los seres humanos. Lo importante no es sólo tratar de alcanzarlas, que también, sino luchar por ellas. Es probable que ahí resida una de las claves para no limitarse a vivir en una melancolía crónica, pensando, únicamente, en el olvido que seremos.

Nota para cinéfilos: me han dicho que la película de Fernando Trueba, “*El olvido que seremos*”, es muy recomendable.

«A DOS PASOS»

(12 de septiembre de 2021)

Hay muchas cosas que nos quedan “a dos pasos”, solemos decir con frecuencia; “a dos pasos” hemos estado unos de otros para protegernos de la Covid-19; y ni siquiera era así durante el confinamiento. ¡Cuánto hemos añorado disfrutar de esa distancia tan corta en este tiempo!

Pero no siempre sucede así. Es bastante habitual evitar esos dos pasos para acercarnos, entre otras sesudas razones, por causa de variados escrúpulos y prejuicios. Ponemos obstáculos y muros porque queremos estar lejos o nos repugna estar cerca. Marcamos distancias.

Que los seres humanos vivimos entre límites es una terca evidencia. La piel de nuestro cuerpo, por ejemplo, es una línea que nos separa y nos distingue como personas concretas y únicas. Lo mismo ocurre con las ideas y los conceptos. Limitar implica separar y distinguir.

Sin embargo, yo quiero que nos fijemos hoy en el espacio donde las distancias son cortas y se acercan los límites. Visto de esa manera, tanto las ideas como la piel ya no son sólo separación, sino lenguaje, comunicación y contacto.

La vida diaria se desarrolla reuniendo miradas, manos, ideas, proyectos. Vivimos juntando límites. La prueba de fuego está en dar los pasos que nos acercan, o sea, en el modo de resolver la proximidad, cuyas junturas son tan precarias y vulnerables.

Lo humano aparece en la relación con los otros, allí donde entra en escena el otro, cualquier otro, y, sobremanera, el más débil. Los rostros de las personas suelen estar a pocos pasos. La prioridad dada a esa cuestión explica el modo de vivir y de comprenderse a uno mismo.

Hace unas semanas hablábamos de [“las heridas”](#), citando a Miguel Hernández. Cada uno de nosotros es una sutura que necesita cuidados, igual que los labios de una herida. La atención a la debilidad del otro ayuda a entender por qué ética y medicina son, en el fondo, la misma cosa.

A mi modo de ver, los proyectos individuales, sociales o políticos, basados en vivir sin límites, como clave del éxito exclusivo y excluyente, sólo produce ego-centrismo, aislamiento y esclavitud.

En el extremo opuesto, cualquier programa individual, social, político o religioso, que resalte los límites a costa de la proximidad, termina materializándose en narcisismos endémicos y en un peligroso abanico generador de rechazo y odio.

Si queremos construir una sociedad basada en la aceptación y en el respeto y que mire a los demás sin prejuicios, ten-

dríamos que habituarnos a cultivar las distancias cortas. Esto nada tiene que ver con la ignorancia de los límites, ni con darlo todo por bueno, sino con la aceptación de las diferencias y la elección colectiva de las mejores decisiones.

El poeta mexicano Eduardo Casar escribió dos versos inolvidables:

*«Quisiera estar a dos pasos de ti.
Y que uno fuera mío y el otro fuera tuyo».*

Quizá tendría que haber empezado por ahí. Habría sido todo más claro.

Que tengan buena semana.

SITO

(22 de septiembre de 2021)

«Hay que haber empezado a perder la memoria, aunque sea sólo a retazos, para darse cuenta de que esta memoria es lo que constituye toda nuestra vida. Una vida sin memoria no sería vida...». (Luis Buñuel, *Mi último suspiro*).

A mi hermano mayor, Sito, se le fue enterrando la memoria en el pozo del olvido donde encallan sin remedio los recuerdos. El olvido parece un depósito desierto, un sótano vacío, pero está lleno de memoria perdida. A mi hermano se le llegó a olvidar incluso el propio olvido.

Perdió su identidad, pero no para quienes le amábamos. En el día a día, Sito tenía sensibilidad, sentimientos, voluntad. Era mucho más que memoria perdida: era esposo, hermano, amigo, es decir, era alguien que tenía un lugar y un papel en la vida, una persona. La estimación de los demás era la cédula de su existencia.

Como he dicho aquí otro día (véase [Lo cotidiano](#)), era a él a quien yo decía, cuando era niño: «Quiero que me hagas dibujos con trenes que echen humo y lleven vagones». Y aprovechando un encerado de pared que había en un lado de la cocina de casa –porque había sido escuela muchos años antes– me dibujaba locomotoras de vapor y largas filas de vagones, todos pintados de blanco de tiza blanca. Y yo contemplaba fascinado cómo iban saliendo las figuras de sus manos.

Vivió sus últimos años protegido y mimado en la burbuja de sus seres más queridos, en particular de su esposa, que aún hoy le recuerda como el único amor de su vida. Le escuché un día llamarla desde su habitación: «¡Puri... Puri... Ven!» Y lloraba como un niño.

«En el silencio universal
Por compacto que sea
Siempre se escucha el llanto
De un niño
En su burbuja».
(Mario Benedetti)

Aún parece que te estoy viendo, Sito.

No dejes de cuidarnos.

Un beso grande y un fuerte abrazo.

BAVOL Y DRINA

(8 de octubre de 2021)

Las casas eran sólo paredes de chapa, tejados con uralitas o lonas de plástico y algunos tubos que hacían las veces de chimenea. Llovía a chuzos. Los regueros de agua arrastraban toda clase de inmundicias. Se veía que la gente hacía sus necesidades donde podía.

Salió a abrir la puerta un niño de unos diez años, moreno y con el pelo revuelto. Miraba con grandes ojos castaños, mientras sostenía la punta de los dedos entre sus labios. Al fondo se oía el llanto de un bebé enfermo y de algún sitio venía una luz amarilla de lámpara vieja.

– ¿Está tu mamá? -preguntó al niño-
– Mi mamá acaba de salir -respondió-
– ¿Ese niño que llora es tu hermano? -agregó-
– Sí. Es mi hermano y está malito -dijo-
– Yo soy médico y me llamo Edel ¿Cómo te llamas tú?
– Me llamo Baval -respondió el niño-
– ¿Me dejas entrar? Puedo ayudar a tu hermanito.
– Tengo miedo. Mi mamá me ha dicho que no abra a quien no conozca.
– ¿Y dónde puedo encontrar a tu mamá? -preguntó Edel-
– Bueno... Mi mamá está pidiendo delante de un comercio grande.

Seguía lloviendo sin parar. Llevaba paraguas, pero tenía los pies encharcados. Las callejas formaban un revoltijo de direcciones, con ratas y perros husmeando la basura. Alguien dijo a Edel que el “comercio grande” estaba donde había calles de asfalto, aceras y autobuses. A las puertas del centro comercial había algunas mujeres en silencio. Una de ellas era Drina, la madre de Baval.

El interior de la chabola era sencillo y estaba limpio. Baval tenía a su hermano en brazos y le acariciaba. Cuando vio a Drina se le iluminó la cara, como si fuera para él un albergue abierto en medio de la noche fría.

Después de atender al niño enfermo, Drina le ofreció lo poco que había gana-

do en cuatro horas. Edel le cerró la mano sobre el dinero y añadió: “Comprad algo para comer y llamadme cuando queráis”. Cuando fue a guardar el fonendo en su cartera vio que había pequeños cuadros adornando las paredes. Uno de ellos tenía escritos estos versos de Luis Cernuda:

«¿Y mi vida?
Dime, mi vida,
¿Qué es, si no eres tú?».

Y cayó en la cuenta, una vez más, de que los seres humanos tienen una sed insaciable de cuidado y de ternura.

Nota: Se calcula que hay en el mundo más de mil millones de personas en poblados marginales.

EL TROLEO

(27 de octubre de 2021)

Estoy delante del ordenador con la mano derecha sobre el ratón y la izquierda sosteniendo la barbilla. Suena de fondo música de Jazz. El ritmo, la improvisación y el fraseo de esta música, soñadora donde las haya, me ayudan a escribir. La luz de una lámpara ilumina el círculo que me rodea e intento mirar más allá, lejos, para hacer balance de la actualidad.

Abunda la crispación y el exabrupto, el desprecio, el insulto y la burla, sobre todo respecto a las minorías y a los más vulnerables. Se percibe todo esto de manera acusada en el “troleo”, como acción y efecto de “troleo”, es decir, publicar mensajes provocativos, ofensivos o fuera de lugar con el fin de boicotear algo o a alguien, o entorpecer la conversación en

foros de internet y redes sociales. Así lo define el diccionario de la RAE.

Ese anglicismo, derivado del verbo *to trolling*, describe la entronización del desbarajuste; la bufonería embaucadora y burlona; la universalización de la calumnia; la democratización de la censura por miedo a la burla de los demás; la sobreexposición de la intimidad personal en la esfera pública; la virtualización del linchamiento más inmisericorde; la instalación de equipos organizados (cibertropas) para manipular la opinión pública en Internet y transformar en arma las redes sociales; la difusión sistemática y acrítica de noticias falsas (fake news)...

Como dice J. A. González de Requena, hablando de la [“La filosofía del troleo”](#), estamos ante «la consumación digital de la vana conciencia irónica, la arbitrariedad subjetiva, los arrebatos de convicción moral hipócrita y el enjuiciamiento moral desafortunado». Las redes sociales se parecen con demasiada frecuencia a una ciénaga viscosa y tóxica.

Pero ¿sólo Internet se está convirtiendo en un medio tóxico y en un entorno inhabitable? Convendría pensarlo un par de veces. Podemos contribuir a ello por simple pereza mental.

Esta manera de entender las relaciones sociales esconde en el fondo algo escabroso e inquietante: la falta absoluta de mansedumbre y de cordura. Lo que desmorona a las esferas de poder y a los grandes *lobbys* internacionales son los argumentos cargados de sensatez, cordialidad y sinceridad.

Francisco de Asís, por ejemplo, atizó un golpe mortal al feudalismo por defender que todos eran menores e iguales y por

convertir la simpatía fraterna en norma de vida. ¿Es esta una postura inocente y candorosa? Quizá. Es una postura que no vence, pero convence.

Lo contrario u opuesto a lo humano no es sólo lo irracional, la crueldad o la inconsciencia. Lo inhumano es la insensibilidad y la frialdad. Ambas han sido generadoras de espacios sin ternura ni comprensión y de tiempos vacíos de dulzura y compasión. Tener el corazón duro e insensible es lo mismo que no tener corazón, es la perfecta inhumanidad.

Cuando Theodor Adorno habla en *Consignas* de “la educación después de Auschwitz” está diciendo que la principal finalidad de la educación es combatir la frialdad, la insensibilidad, la indiferencia y la agresividad.

Y Baruch Spinoza dice que «quien se esfuerza en guiar a los demás según la razón, no obra por impulso, sino con humildad y benignidad» (*Ética*). La verdad es suave y amable. La verdad de la fuerza se opone a la fuerza de la verdad.

Hoy huelo a bebé, porque he tenido a mi nieto mucho tiempo en mi regazo. A su lado parece que el mundo se ordena y las cosas encuentran su sitio. Es el rincón de sensibilidad y dulzura que me acaba de regalar la vida. Me hacer sentir bien.

CANTOS RODADOS

(16 de noviembre de 2021)

El día 5 de junio 1989, un muchacho solitario y desarmado, sosteniendo unas bolsas con las manos, se colocó frente a una columna de vehículos militares que atravesaba en ese momento la Avenida

Chang'an en la [Plaza de Tiananmén](#) de Pekín. Cada vez que el blindado intentaba pasar, el chico se movía hacia los lados para impedirlo. Y lo detuvo.

Cuatro siglos antes, un hombre seco de carnes y enjuto de rostro, aparejado con una armadura olvidada de sus bisabuelos y con un rocín que tenía «más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela», salió a pleno campo abierto, en La Mancha, con la intención de ir «por caminos sin camino» para deshacer agravios, enderezar entuertos y «socorrer a los huérfanos y menesterosos». Confundía ventas de hospedaje con palacios, barricas de vino con fantasmas, batanes de enfurtir cueros con aguas tenebrosas, chalupas de río con barcos encantados, molinos de viento con gigantes...

¿Quién habría pensado nunca que el gesto de aquel chico daría la vuelta al mundo para ser señalado por la revista [Time](#), en 1998, como una de las empresas que han tenido mayor influencia en el siglo XX? ¿Y quién hubiera previsto que las aventuras de don Quijote, ese loco genial, se convertirían en la parodia irónica más inteligente de todas las sociedades humanas habidas y por haber?

Podríamos decir que el joven de [Tiananmen](#) era una especie de don Quijote contemporáneo. Uno y otro continúan suscitando valores, despiertan sensibilidades, remueven conciencias. Sin embargo, la realidad terminó triturando el hermoso propósito del muchacho chino, quitándole de en medio, silenciándolo; y ridiculizó los ideales del Caballero de la Triste Figura haciéndole toparse de bruces con molinos de viento, chalupas, batanes, barricas de vino, posadas... con la realidad.

La realidad cotidiana tira por tierra los sueños y ridiculiza los ideales. Es cierto que hay robos, volcanes, guerras... y abundan sectarios, demagogos, arribistas, tunantes, chulos, vendehúmos y otras cosas feas que no se deben decir por estar en horario infantil.

Pero también hay numerosos aspectos de la realidad que se pueden moldear e incluso transformar. Ni la vida ni la historia están en manos de fuerzas ciegas que lo arrojen todo a los más fuertes o al desastre. La evidencia del progreso positivo lo demuestran hechos reales. Basta con observar la eficacia y seguridad de las vacunas contra la Covid-19 y la constante evaluación de sus efectos para continuar mejorando.

Por eso, seguramente, los propósitos de aquel muchacho y los ideales de don Quijote, tan inútiles en apariencia, siguen siendo útiles en la práctica, porque, como ellos, nos vamos haciendo a base de dar trompicones y vueltas como los cantos rodados de un río.

A este propósito, viene bien recordar una línea de *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler: «... dos y dos no son cuatro cuando las unidades matemáticas son seres humanos...».

CÍNICOS Y ESTÚPIDOS

(1 de diciembre de 2021)

Según la información de los [Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades](#) del gobierno norteamericano, hay unas cuantas variantes clasificadas y definidas de la Covid-19. Acaba de aparecer una nueva catalogada como B.1.1.529 y

llamada “ómicron”. A este paso se acaba el alfabeto griego pronto.

El apretón que le acaba de dar al bicho está llenando de porquería las cotizaciones en bolsa, la evolución de los mercados, la recuperación económica, cierra fronteras y vuelos desde ciertos países... Parece que el bicho ataca de nuevo.

Convendría no poner la carreta antes que los bueyes, o, dicho de otro modo, alarmarse sin motivos justificados. En cualquier caso, vamos a necesitar suerte y cuidado durante las próximas semanas en las que, como siempre, será decisiva la voz de los científicos.

Las vacunas son eficaces y continuarán mejorando, la responsabilidad individual y las medidas colectivas han funcionado, el progreso de la ciencia sigue siendo imparable, las cosas aprendidas serán útiles en el futuro, y, así todo, resulta imposible quitar de la vista algunas cosas manifiestamente estúpidas y cínicas que nos adornan de cuando en vez.

En África, la cifra de vacunados no llega al 8% y algunos países apenas han visto una aguja de jeringuilla, como sucede en Burundi con el 0,0025% de vacunados. Apenas tres de cada 100 personas han sido completamente vacunadas contra la covid en los países más pobres del planeta, según la Universidad de Oxford.

Los países ricos, incluidas sus empresas farmacéuticas, siguen acumulando diagnósticos, tratamientos, vacunas, mientras sus ciudadanos bailan en discotecas, se manifiestan en las calles reclamando libertad para vivir contagiados y tienen el privilegio de recibir en un par de horas su Certificado Covid Digital cómodamente sentados en el salón.

El éxtasis de la libertad a costa de la igualdad es obsceno e injusto.

Por otra parte, el juicio moral hecho hace algunos meses por los europeos del norte sobre la conducta de los del sur, dedicados según aquellos a la juerga y a la pandereta, se vuelve como si fuera un bumerán contra su propio tejado. Los pobretones del sur han cumplido mayoritariamente sus deberes frente a la covid, con sosiego y disciplina, frente a los sedudos, austeros y muy protestantes nórdicos que dan la espalda a la evidencia científica y ponen en riesgo su salud y la de todos. Basta con dejar constancia del hecho y tomar buena nota para no juzgar la moralidad de nadie sin ton ni son.

El dicho “nadie está a salvo hasta que todos estemos a salvo” debería ser ley.

Como ha dicho estos días un periodista, [“parecemos cínicos, pero creo que, simplemente, somos estúpidos”](#) (Gonzalo Fanjul, en *El País*). Yo más bien pienso que de Londres a Madrid, pasando por París y Berlín, somos cínicos y estúpidos.

ANTIFRÁGIL

(20 de diciembre de 2021)

«El viento apaga una candela y reaviva el fuego». Así comienza una obra de Nassim Nicholas Taleb (*Antifrágil: Las cosas que se benefician del desorden*, Paidós, 2013) que pone en circulación los términos “antifragilidad” y “antifrágil” para dar a entender que hay cosas y acontecimientos que adquieren energía y vitalidad cuando hay otras, en la misma situación, que se agotan y desaparecen. Hay cosas

que adquieren más valor en medio del desorden y el desconcierto.

Lo “antifrágil” y la “antifragilidad” son términos que no existen en español, pero sirven para describir con acierto la situación que nos ha tocado vivir.

Por un lado, hemos llegado a tener la impresión –que va a durar– de que, en ciertos momentos, la desorientación y la incertidumbre, el caos, la impotencia y el cansancio, se habían adueñado del mundo. Se extendió por todas partes la certeza de la fragilidad.

Y, por otro lado, en ese mismo contexto, se reafirmó el desarrollo de la ciencia, la comunicación virtual, la responsabilidad profesional y colectiva, el altruismo, la urgencia de los valores y principios éticos se puso de relieve lo “antifrágil”.

Pero, en situaciones difíciles, y sobre todo en las extremas, los seres humanos no sólo toman conciencia de la antifragilidad que los mantiene a flote. También pueden cometer innumerables tonterías y, lo que es peor, llevar a cabo las acciones más abyectas.

Nos lo ha recordado Philip Zimbardo en una obra escalofriante y tremenda (*El efecto Lucifer: El porqué de la maldad*, Paidós, 2012): un grupo de buenos, agradables, estudiosos y simpáticos muchachos norteamericanos, fueron transportados a una especie de “lugar en ninguna parte” –las lejanas tierras de Irak– para hacerse cargo de unos prisioneros, a quienes se les había previamente acusado de malas intenciones y de ser infrahumanos, y terminaron cometiendo auténticas barbaridades con ellos. Años antes lo habían hecho un grupo de soldados estadounidenses en Abu Ghraib

por los mismos motivos y convencidos por sus mandos de que era lo correcto.

Dicho de otro modo, ni los escándalos necesitan personajes escandalosos, ni las monstruosidades necesitan monstruos. ¡Qué seguro y confortable sería el mundo si sólo fueran los monstruos quienes provocaran actos monstruosos! Hay psiquiatras, psicólogos, sociólogos, jueces, policías, que se pueden encargar de ello.

Lo más grave de todo esto es que, a lo largo de la historia, ha habido seres humanos autores de los actos más crueles, sádicos y horribles, que «fueron y siguen siendo terrible y terroríficamente normales», como asegura Hanna Arendt (*Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*, Lumen, 1999).

Quizá haya que bajar un poco el volumen, para no molestar, pero hay que señalarlo. ¡Cuántas veces caemos bajo la seducción del consumo, sin necesidad! ¡Cuántas veces entramos en las redes sociales por el morbo de la porquería existente! ¡Cuántas veces eludimos decir: “perdóname, me equivoqué”, “te necesito”, “te quiero”! Y eso sucede en el día a día “normal” de personas “normales” que creerán no haber roto un puñetero plato en su vida.

La propuesta de Taleb es sugerente: los acontecimientos adversos son una ocasión para ver los puntos donde deberíamos apoyarnos para seguir adelante. Lo resiliente se ocupa más de lo cuantitativo y nos ayuda a resistir. Lo “antifrágil” se fija más en lo cualitativo y nos permite mejorar. En la situación actual, está emergiendo con fuerza el cuidado mutuo, la solidaridad, o, sencillamente, el nombre de cada persona. Porque, al fin y al cabo, como diría mi paisano Ángel

González, «¿Qué sería tu nombre sin ti?». Y en otro lugar da una respuesta:

«Los nombres que te invento no te crean. Sólo –a veces son como luz los nombres– te iluminan».

Es un buen plan para los próximos días.

CARTA ABIERTA

(29 de diciembre de 2021)

Hace bastantes décadas que intento hacer «camino al andar», como decía Antonio Machado. He llegado a perder el rumbo en ocasiones y se sufre mucho por ello. Mucho. Hay unos versos de José Bergamín que expresan bien esos momentos: «Tengo miedo de encontrarme / solo en medio de un camino / por el que no pasa nadie...»

Pero creo no haber perdido la dirección. He tenido la suerte de saber que hay una Itaca hacia donde ir. ¡Cuántas veces, ayudado por [los versos de Kavafis](#), me veía yo como un Homero en miniatura, tanteando la ruta a la luz de la luna!

Nunca tuve tanta sed de conocimiento y sabiduría como en esta penúltima o última etapa de la vida. Esto requiere «ir de camino», utilizando palabras de Karl Jaspers, porque se aprende con otros, pero sigue siendo cierto el dicho socrático: «sólo sé que no sé nada».

Tengo poco que ver con la mentalidad de fondo de Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*), pero admito, con él, que la historia tiene un “sino”, o sea, contiene signos que señalan hacia otras cosas que la van hilvanando: la verdad

científica, la belleza artística y el amor humano, por ejemplo, trascienden épocas y vidas particulares. Me niego en redondo a admitir que el odio y la violencia sean las claves de la historia.

A estas alturas de la vida me he planteado muchas veces las preguntas propuestas por Immanuel Kant: “¿Qué puedo conocer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar? ¿Qué es el ser humano?”.

Recuerdo con frecuencia las palabras de Max Scheler: «Nos encontramos en una época de la historia en que el ser humano se ha vuelto entera y radicalmente problemático; en que ya no sabe qué es, pero al mismo tiempo sabe que no lo sabe», y siento temblor e incertidumbre.

Soy cristiano católico. La fe nunca me ha hecho sentir más que nadie, pero tampoco me ha incapacitado ante nadie. El Evangelio de Jesús me ha salvado de numerosos desastres. Siempre me ha parecido clarificador el criterio de Agustín de Hipona: «El ser humano no puede creer si no quiere (*credere non potest homo nisi volens*)».

Vivo de manera sencilla y prefiero pasar desapercibido. Me resulta difícil incluso cambiar mi ropa vieja por ropa nueva, recibiendo por ello serias advertencias de mi esposa y mi hija mayor.

Desconozco cuándo me llegarán los peores achaques de la vida. Entretanto, tengo un rincón para leer, pensar y escribir, y para escuchar las obras de Bach en mi equipo de música mientras voy leyendo sus partituras. En realidad, sólo soy un «guardador de pensamientos», como dice Fernando Pessoa en *Los poemas de Alberto Caiero*.

Las personas que me han acompañado de cerca hasta el día de hoy me han dado muchas más cosas buenas de las que yo les he dado. Algunas de ellas han quedado por el camino, porque la vida las llevó a otra parte o porque les he fallado o, sencillamente, porque murieron. Pero hay faros con luz propia: padres, hermanos, esposa, hija e hijo, nieto, familia de Asturias, familia de Cáceres, amigos, compañeros de estudio y de trabajo.

Los profesionales sanitarios han estado presentes en todas las etapas de mi vida, por muy distintas razones. Ellos han sido de quienes más y mejores cosas he aprendido, y con quienes es una satisfacción compartir vivencias, trabajo, confianza y cariño. No he visto retirarse a ninguno de ellos durante la pandemia, salvo por haberse infectado.

Y tengo el nieto más cariñoso, expresivo y guapo del planeta, un hecho este irrefutable por reiterada evidencia empírica. Se nota que soy su abuelo, ¿verdad?

Por todo ello creo que [la vida está avalada por la estima de los demás](#). Cuando tocamos con suavidad el corazón herido de una persona, suele ser ella misma quien nos devuelve la caricia. Existes cuando alguien piensa en ti y te recuerda, como decía Ángel González: «Yo sé que existo / porque tú me imaginas». Pedro Salinas lo dijo con estos versos:

*«Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido.
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.*

...
*de que este vivir mío no era sólo
mi vivir: era el nuestro...»*

Yo creo que ahora voy de la mano de quienes me quieren, aunque sea con «paso lento y vacilante», igual que la pareja expulsada de *El Paraíso perdido* de John Milton. Ahora vivo en otro pequeño paraíso y siento acudir a mis ojos lágrimas de agradecimiento.

Acabo de leer lo escrito y veo que les acabo de dar la paliza, como si les hubiera dado a comer los «duelos y quebrantos» que le ponían en la mesa a Alonso Quijano (Don Quijote). Lo lamento.

Ojalá haya algo que les resulte útil.

¡BRAVO, MAESTRO!

(15 de enero de 2022)

Temía la reacción del público y no se atrevía a mirar. Un músico de la orquesta se levantó, le cogió del brazo y le hizo darse la vuelta. El público, puesto en pie, agitaba pañuelos y gritaba sin cesar: ¡Bravo! ¡Bravo, maestro! Y entonces él rompió a llorar.

Imagino la escena: sobre la tarima del director de orquesta hay un hombre de pequeña estatura y moreno, cuello robusto, frente poderosa, cabello abundante y revuelto, limpiándose las lágrimas con un pañuelo. Estaba completamente sordo y no se dio cuenta de lo que sucedía en la sala.

Era Ludwig van Beethoven. El 16 de diciembre de 2020 fue el 250 aniversario de su nacimiento. Se celebraron muchas actividades en su honor, como [Beethoven2020](#) o [BTHVN2020](#), por ejemplo.

Ante la fuerza descomunal de la covid persistente, que zarandea y conmociona sin cesar, puede parecer chocante evocar aquí la figura del genio de Bonn. Sin embargo, creo que hay motivos para verlo de otro modo.

La música salvó a Beethoven de una profunda depresión causada por diversos problemas de salud, en particular por su sordera. Y salió adelante demostrando que la discapacidad es una diferencia que no hace imposible la vida, sino el modo de vivir. De hecho, su período de creación musical más profundo y renovador fue a partir de entonces.

La música, además, transmite ideas liberadoras. Cuando se estrenó la *Séptima Sinfonía*, en Viena, la gente comenzó a aplaudir y vitorear antes de que se acabara la obra, porque vio en ella la reciente victoria contra Napoleón y la recuperación de la libertad y de la paz.

Durante la primera interpretación de la *Quinta Sinfonía*, en el paso del cuarto al quinto movimiento, el público se levantó y aplaudió. Veían en aquella música el símbolo de una asamblea nacional que se acababa de celebrar y se había sublevado contra el poder.

Se dice que, en uno de los “duelos musicales” que había en Viena, improvisó un concierto de piano utilizando las notas de la misma partitura utilizada por su contrincante puesta al revés. El retador – Daniel Gottlieb Steibelt– se marchó de la ciudad y no volvió nunca.

Al final de la *Novena Sinfonía* se canta un poema de Friedrich Schiller adaptado por el propio Beethoven: «¡Alegría! ¡Alegría! (Freude, Freude) ... todos los hombres se tornan hermanos donde sus frágiles alas

se posan». La partitura original, de casi 200 páginas, forma parte del Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO.

Lo que son las cosas: una de mis metas era haber sido músico de oficio. Ahora, mis dedos envejecidos dudan para intentar escribir melodías de pensamientos.

Mozart, Beethoven, Bruckner, Pavarotti, Billie Holiday, Ella Fitzgerald, Helen Merrill, Fredy Mercury..., producen emociones intensas y pensamientos confortables, ayudan en momentos difíciles y tienen cualidades sanadoras.

Es mi experiencia y me agrada compartirla: ¡Bravo, Maestro! ¡Gracias!

EPÍLOGO

Se dice que estamos pasando por la séptima ola de coronavirus. Desde que llegaron las vacunas o, mejor dicho, desde que la vacunación empezó a mostrar su efectividad, nos hemos relajado bastante en las precauciones sociales.

Siguen muriendo personas y la covid-19 sigue entre nosotros: los contagios aumentan y el número de hospitalizados vuelve a crecer llamativamente, pero las UCIs resisten bien el impacto.

«Con cada nueva ola es cada vez más difícil encontrar a alguien que, al margen de la vacunación, no se haya contagiado. Y la situación en la que estamos actualmente no tiene nada que ver con la que hace un año o año y medio. Ahora prácticamente casi todo el mundo está vacunado, hay muchos que se han vacunado e infectado y son una minoría los que no se han vacunado ni infectado». Son pala-

bras de la Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios (AEMPS).

El SARS-CoV-2 ha provocado hasta la fecha más de 540 millones de casos en el mundo y más de 6,3 millones de muertos, según el recuento independiente de la Universidad Johns Hopkins.

La brecha económica y sanitaria se hace más visible al agrupar las dosis administradas por regiones del mundo. El proceso de vacunación apenas ha comenzado en América Latina y África, frente a los países con mayor renta per cápita, que acapararon la mayoría de las dosis gracias a la disponibilidad de sus recursos.

Han cambiado muchas cosas, pero quizá seamos los seres humanos quienes no hemos cambiado lo suficiente.

Hay unos cuantos lectores de estas páginas que tengo el placer de conocer. Confirman mi existencia de algún modo.

Pero a la mayoría de ustedes no los conozco, no sé sus nombres. Sólo me llegan sus *clicks*. Por eso quiero agradecer su presencia con estos versos de mi paisano Ángel González:

*«Los nombres que te invento no te crean.
Sólo —a veces son como luz los nombres—
te iluminan».*

Oviedo, junio de 2022